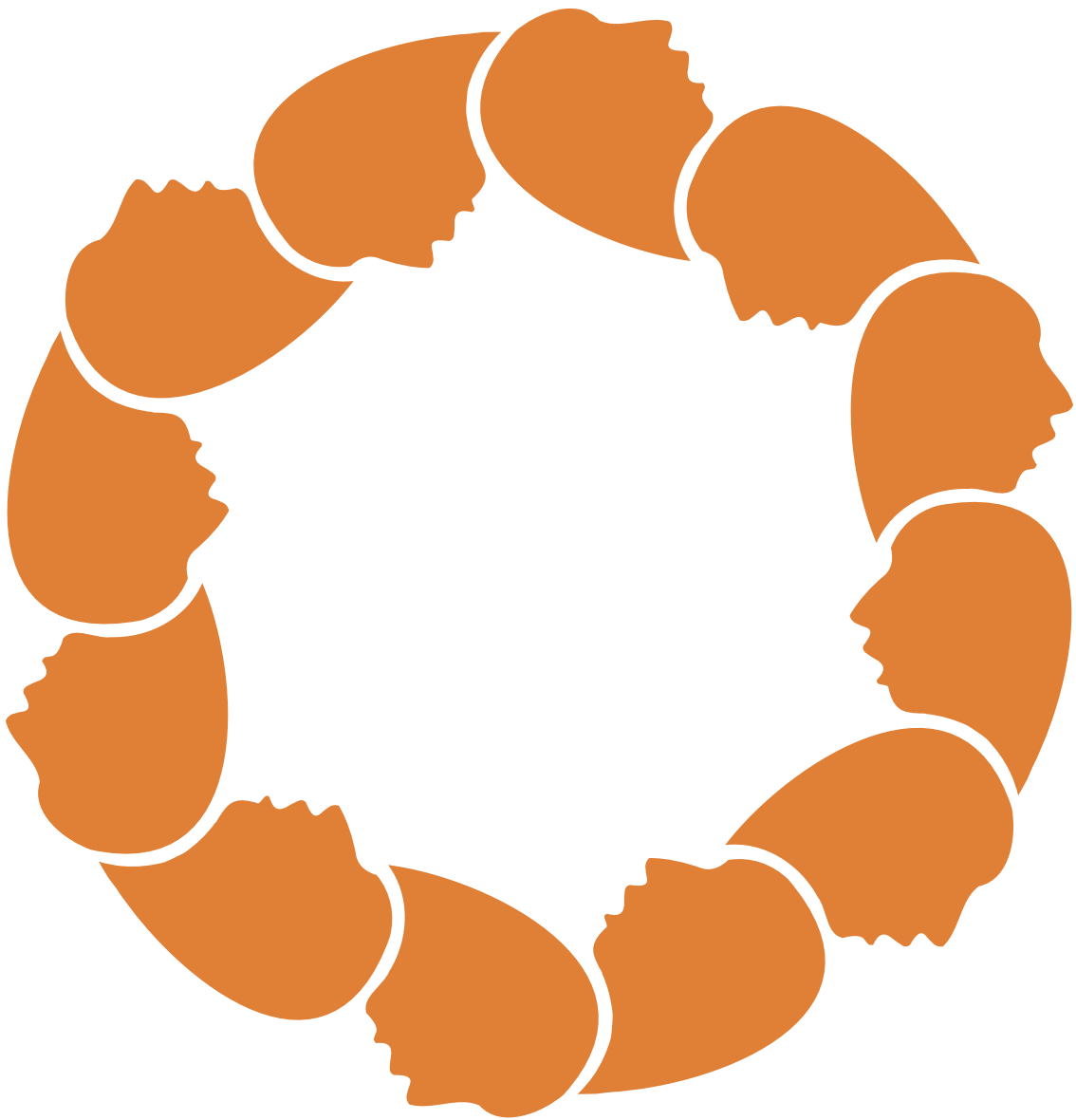


# PRESENTE

Nº 9 2026

LECTURA A LA ALTURA DE NUESTRO TIEMPO



**ESFERA PÚBLICA**



## Revista Presente

Esfera pública

Nº. 9

Ideada en México · Argentina · España

Editada por Revista Presente en Coria, Cáceres (ES).

ISSN 3020-4658

Se publica este número de la Revista Presente el 22 de enero de 2026, a 435 años del nacimiento del filósofo empirista y político británico, Francis Bacon, 238 del de su compatriota, el poeta Lord Byron, 135 del nacimiento de Antonio Gramsci y 98 del de Jorge Ibargüengoitia; a 108 años de la proclamación de la República Popular de Ucrania, 59 de la masacre que acabó con la vida de más de un millar de personas en Managua durante la manifestación de la Unión Nacional Opositora en contra del somocismo, 45 de la muerte de la lexicógrafa española María Moliner, y 21 del último adiós a la compositora mexicana Consuelo Velázquez, autora, de entre muchas otras melodías, del bolero “Bésame mucho”.

Se autoriza la copia, distribución y comunicación pública de la obra, reconociendo la autoría, sin fines comerciales y sin autorización para alterar o transformar. Bajo una licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional.

# PRESENTE

LECTURA A LA ALTURA DE NUESTRO TIEMPO

## Dirección

Hugo Garciamarín

## Comité editorial

Emmanuel Rosas · Itzcoatl Jacinto · María Agustina Saracino · Mónica Nuño  
· Pablo Toussaint

## Coordinadores de este número

Hugo Garciamarín & Jacques Coste

## Colaborador\_s de este número

Adriana Buentello<sup>(e)</sup> · Alejandro Noriega<sup>(e)</sup> · Alonso Vázquez Moyers · Ana  
María Serna<sup>(e)</sup> · César Martínez · Edgar Ávila<sup>(e)</sup> · Hugo Garciamarín · Jacques  
Coste · Julie Ricard<sup>(e)</sup> · Pablo Piccato<sup>(e)</sup> · Pablo Toussaint · Ronaldo González  
· Sofía Garnica Esteva · Vanessa Freije<sup>(e)</sup>

## Edición

Hugo Garciamarín & Pablo Toussaint

## Maquetación, Diseño e Ilustraciones

Pablo Toussaint



# TABLA DE CONTENIDOS

EDITORIAL

1

## VOCES

VOCES DEL PRESENTE: LA ESFERA PÚBLICA

6

ENTREVISTA A PABLO PICCATO 10 · ENTREVISTA A ÉDGAR ÁVILA 16 ·  
ENTREVISTA A JULIE RICARD & ALEJANDRO NORIEGA 21 · ENTREVISTA  
A ADRIANA BUENTELLO 27 · ENTREVISTA A ANA MARÍA SERNA 32 ·  
ENTREVISTA A VANESSA FREIJE 35

## EXPEDIENTE

DIGO LO QUE PIENSO: SOBRE LA UTILIDAD O EL SENTIDO DE PUBLICAR EN  
LA RED (O SEGUIR PUBLICANDO)

41

LOS TRES CAMINOS DE LA ESFERA PÚBLICA

45

EL CAJERO AUTOMÁTICO DE LA 4T: CONTRADICCIONES DE CLASE MEDIA

49

LO PÚBLICO: HASTA LA DEMOCRACIA Y MÁS ALLÁ

53

## CONTEMPLACIONES

LA APOLOGÍA DE SÓCRATES Y EL TRIBUNAL DE LA CUARTA  
TRANSFORMACIÓN

58

DÉCIMAS A LA CLASE POLÍTICA

62



## EDITORIAL

La esfera pública no es un lugar fijo ni un escenario dado de una vez y para siempre. Es un campo en disputa, una trama de prácticas, lenguajes, tecnologías y relaciones de poder que se transforma conforme cambian las condiciones materiales de la vida social y los modos de decirla. Este número de *Revista Presente* parte de esa premisa: pensar la esfera pública como un proceso histórico vivo, atravesado hoy por mutaciones profundas que afectan la manera en que se informa, se discute, se confronta y se imagina lo común.

Durante décadas, una parte importante del debate político y cultural se sostuvo sobre la idea de una esfera pública relativamente estable, mediada por la prensa escrita, noticieros y debates en la radio y televisión, con ciertos consensos liberales y una élite intelectual que fungía como intérprete autorizada de la realidad social. Esa arquitectura ya no existe. No se ha derrumbado sin dejar huella, pero sí ha sido desplazada por un conjunto de disposi-

tivos, voces y conflictos que alteran tanto las posibilidades materiales de participación como las condiciones simbólicas de legitimidad. Lo que hoy llamamos esfera pública se juega en un territorio fragmentado, hiperacelerado y emocionalmente cargado, donde la palabra circula con mayor velocidad que la reflexión y donde la visibilidad suele confundirse con la deliberación.

Los textos que integran este número dialogan con ese desplazamiento. Desde distintos registros —el ensayo, la reflexión teórica, el diálogo en entrevista, la alegoría—, se interrogan por el sentido mismo de lo público en un momento en el que decir, opinar o denunciar se ha vuelto simultáneamente más fácil y más riesgoso.

En *Voces del presente*, Jacques Coste y un servidor recuperamos el concepto de esfera pública como una herramienta analítica flexible para comprender las formas concretas en que se producen significados colectivos. Al insistir

en sus dimensiones virtual, física y organizativa, realizamos una serie de entrevistas a académicos y periodistas: Pablo Piccato, Edgar Ávila, Alejandro Noriega, Julie Ricard, Adriana Buentello, Ana María Serna y Vanessa Freije. Consideramos que estos diálogos permiten evitar una lectura reducida de la esfera pública como mero flujo digital y reconocer que, incluso en contextos de hiperconectividad, las condiciones materiales del periodismo, la organización social y la violencia política continúan delimitando quién puede hablar, desde dónde y a qué costo.

Esa tensión aparece con fuerza en *Digo lo que pienso*, de Sofía Garnica Esteva, un texto que asume la experiencia subjetiva de publicar en la red como problema político. La promesa original de internet como ágora horizontal se revela allí como una ilusión erosionada por la automatización, los algoritmos y la proliferación de contenidos inorgánicos. La autora se pregunta por el sentido de seguir escribiendo sin caer en la nostalgia, e invita a responder desde una conciencia sobre limitaciones actuales de la conversación pública. Persistir en decir lo que se piensa adquiere así un valor ético antes que estratégico: una forma de sostener la posibilidad de encuentro entre personas reales en un entorno cada vez más saturado de ruido y simulación.

El diagnóstico se vuelve más áspero en *Los tres caminos de la esfera pública*, de Alonso Vázquez Moyers. Al describir las rutas posibles de la discusión pública contemporánea, el texto expone las consecuencias de la polarización afectiva y de la renuncia deliberada

al conocimiento incómodo. La esfera pública aparece allí como un espacio que puede derivar en una degradación sostenida cuando la adhesión identitaria sustituye al examen crítico. La figura del “no sé ni quiero saber” sintetiza un clima en el que la verdad deja de importar no por desconocimiento, sino por decisión política. La democracia, en ese contexto, ya no se erosiona únicamente por la censura directa, sino por la aceptación social de narrativas que prescinden de pruebas y procedimientos.

Esa lógica encuentra un espejo incómodo en *El ‘cajero automático’ de la 4T*, de César Martínez, donde la discusión pública sobre la desigualdad y las políticas sociales se revela atravesada por prejuicios de clase y fantasías morales. El texto muestra cómo ciertos discursos que se presentan como técnicos o racionales esconden una visión autoritaria de lo social, en la que la pobreza se explica como falla individual y el Estado como proveedor ilegítimo. Aquí, la esfera pública funciona como un espacio de legitimación simbólica de la desigualdad, más que como un terreno de deliberación orientado al bien común.

En *Lo público: hasta la democracia y más allá*, de Ronaldo González, ofrece un recorrido histórico e intelectual que permite situar estas disputas en una larga temporalidad. La crítica al llamado “consenso liberal” y a la opinión pública ilustrada que dominó buena parte del periodo de la transición democrática en México no implica una defensa acrítica del presente, sino una advertencia sobre las promesas incumplidas de ese modelo. La ampliación de la esfera pública no puede reducirse a la al-

ternancia electoral ni al florecimiento de ciertos medios, si amplios sectores sociales permanecen excluidos de la capacidad efectiva de incidir en las decisiones colectivas.

En, *La apología de Sócrates y el tribunal de la Cuarta Transformación*, intento desarrollar en clave alegórica una tensión que recorre todo el número: contraposición persistente entre libertad y autoritarismo en la esfera pública. Finalmente, Pablo Toussaint presenta *Décimas a la clase política*, una serie de espinelas que recuperan una forma clásica para ejercer la crítica política. A través del ritmo cerrado de la décima, el poema construye una sátira que recorre alcaldías, curules y presidencias para exhibir la distancia entre representación y denuncia, entre el voto y el ejercicio efectivo de la responsabilidad pública.

Leídos en conjunto, los textos de este número no ofrecen una respuesta unívoca sobre el destino de la esfera pública. Más bien, trazan un mapa de tensiones, riesgos y posibilidades. La expansión tecnológica no garantiza mayor

libertad, pero tampoco la anula por completo. El autoritarismo no siempre adopta la forma de la represión abierta; a menudo se filtra en los lenguajes, las emociones y las expectativas sociales. El periodismo, atravesado por la precariedad y la violencia, sigue siendo un oficio central para sostener algún tipo de conversación pública, aunque ya no pueda asumir el lugar de árbitro neutral.

*Revista Presente* apuesta por habitar ese terreno incierto sin idealizar ni abandonarlo. Pensar la esfera pública hoy exige aceptar su conflictividad, reconocer sus límites y, al mismo tiempo, defender la posibilidad de decir, escuchar y disentir sin someter la palabra al mandato del poder. Este número no clausura la discusión. La abre. Porque si algo muestran estas páginas es que la esfera pública, aun erosionada y disputada, sigue siendo un espacio donde se juega el sentido mismo de la vida democrática.

Hugo Garciamarín



# VOCES.





## VOCES DEL PRESENTE: LA ESFERA PÚBLICA

Por JACQUES COSTE & HUGO GARCIMARÍN

El concepto de “esfera pública” fue formulado por Jürgen Habermas para nombrar un espacio social en el que individuos privados se congregan a debatir asuntos de interés común mediante la discusión racional y crítica, al margen de la dominación directa del Estado o del mercado. En ese espacio, siempre según Habermas, se conforma la opinión pública a través de la deliberación y se somete a escrutinio colectivo a la autoridad política. La esfera pública puede entenderse, así, como un ámbito crítico de mediación entre el Estado y la sociedad civil.

En América Latina, este concepto ha sido ampliamente trabajado y también cuestionado. Diversos estudiosos han señalado sus límites, al considerarlo una categoría elitista de difícil aplicación en la región. Habermas situó el surgimiento de la esfera pública en la Europa del siglo XVIII, asociándola a espacios típicamente burgueses como los salones, las cafeterías y la cultura impresa, donde ciudadanos privados examinaban los actos de gobierno y moldeaban la

## VOCES DEL PRESENTE: LA ESFERA PÚBLICA

opinión pública. Desde esta perspectiva, se ha subrayado su carácter excluyente respecto de las mujeres y las clases populares, así como la tendencia del autor a otorgar un lugar central a la razón, la deliberación y el consenso en la vida política.

Estas críticas llevaron a algunos académicos latinoamericanos a abandonar la noción de esfera pública. Otros, en cambio, optaron por reformularla de manera creativa para analizar procesos históricos y políticos propios de la región. Al incorporar de forma cuidadosa las objeciones de género y clase, estos autores han utilizado el concepto de “esfera pública” como un marco analítico flexible y un lente teórico, más que como un tipo ideal rígido, para estudiar cómo los ciudadanos construyen comprensiones colectivas de la política y desarrollan estrategias organizativas orientadas a fines comunes.

En este sentido, distintos trabajos han recuperado la esfera pública como el espacio en el que se negocian y configuran prácticas, normas, valores y significados. Asimismo, han propuesto comprenderla a partir de tres dimensiones complementarias: una dimensión virtual, vinculada a los medios que transmiten ideas, argumentos e imágenes sobre los asuntos públicos, como la prensa, los libros, la radio, la televisión y diversas expresiones artísticas o de la cultura popular; una dimensión física, referida a los espacios materiales de reunión, debate y movilización política; y una dimensión organizativa, asociada a los mecanismos e instituciones que permiten la acción colectiva, entre ellos, sindicatos, asociaciones

vecinales, clubes de lectura, organizaciones de ayuda mutua y organizaciones no gubernamentales.

Es en esta acepción más amplia que retomamos el concepto de “esfera pública” en *Revista Presente*. Y consideramos que es urgente discutir no solamente sobre la validez teórica del concepto para entender la realidad política actual de México y del mundo, sino también sobre los cambios que la esfera pública ha sufrido con la irrupción de las redes sociales y la inteligencia artificial en nuestra vida cotidiana. Más importante todavía: pensamos que es necesario rescatar las voces de quienes participan en la discusión pública de México y de otros países, para comprender los modos en que la polarización afectiva, la desinformación, la violencia contra la prensa, el auge de las nuevas derechas, los actos de gobiernos autoritarios de distinto signo político y otros procesos sociales contemporáneos distorsionan, limitan, moldean o condicionan el actuar de los protagonistas de la esfera pública.

Por eso, en primer lugar, presentamos una serie de entrevistas con periodistas, académicos e intelectuales que reflexionan sobre las grandes transformaciones contemporáneas de la esfera pública (siguiendo el espíritu del propio Habermas), sobre los desafíos que implica el participar en el debate público, en la prensa y en la vida política en la actualidad, y sobre la experiencia a ras de tierra de quienes enfrentan, día con día, esos retos, esos problemas y esos cambios.

Iniciamos con una entrevista a Pablo Piccato, profesor-investigador de la Universidad

de Columbia en Nueva York, quien nos ofrece un panorama de los grandes debates sobre la pertinencia del concepto de esfera pública para analizar la historia política y la actualidad de América Latina. Además, la conversación con Piccato —quien es autor de *Historia mínima de la violencia en México*, *La tiranía de la opinión* y otros títulos— se adentra en la función comunicativa de la violencia en el México contemporáneo y el papel del honor en la vida política del país.

Para contrapuntar la vista panorámica de Piccato, aterrizamos en Veracruz y Puebla, desde donde el periodista Edgar Ávila reflexiona sobre los retos que implica ejercer el periodismo a nivel local en México. Hablando desde sus largos años de experiencia como corresponsal de medios nacionales y agencias internacionales en esos estados, Ávila analiza la precariedad laboral, las amenazas políticas y la violencia que viven los periodistas a nivel local. Sin embargo, esta entrevista también tiene un carácter íntimo y personal, ya que Ávila comenta cómo es vivir estos retos en carne propia y qué lo motiva a seguir ejerciendo el periodismo local en México, pese a la indiferencia del público nacional.

Puesto que uno de los temas dominantes de la conversación de Ávila se relaciona con las implicaciones de la inteligencia artificial y las redes sociales para la práctica periodística, la siguiente entrevista presenta la visión de dos expertos en estos temas: Alejandro Noriega, quien es doctor en Inteligencia Artificial Aplicada por el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT) y fundador de Crowd Voice, y Julie

Ricard, quien se especializa en el estudio de la polarización afectiva y las redes sociales, con énfasis en Brasil. ¿La inteligencia artificial nos está volviendo perezosos para pensar o está incrementando nuestra capacidad de reflexión y comprensión? ¿Cómo ha afectado la inteligencia artificial la noción de la verdad, o acaso ya vivimos en la era de la posverdad? ¿Cómo cambian la discusión pública los contenidos generados con inteligencia artificial y la hiperpolarización fomentada por las redes sociales? Discutimos sobre éstas y otras preguntas con ambos. Sus respuestas no necesariamente dejarán tranquilos a los lectores, pero son necesarias para entender los retos de nuestra actualidad política y tecnológica.

Con Adriana Buentello, periodista especializada en política y redes sociales, la conversación se adentra en la práctica cotidiana del periodismo, entendida como un oficio atravesado por rutinas, decisiones editoriales y condiciones materiales concretas. Desde su experiencia, se exploran las líneas editoriales como marcos que orientan la selección de temas, el enfoque de las coberturas y la forma de narrar lo público, así como las tensiones que surgen entre independencia, agenda informativa y expectativas de las audiencias. El diálogo también aborda los retos que han impuesto las redes sociales: la aceleración del tiempo informativo, la presión por la visibilidad, la competencia con la desinformación y la necesidad de construir credibilidad en entornos digitales fragmentados que han sido aprovechados, especialmente, por la extrema derecha.

## VOCES DEL PRESENTE: LA ESFERA PÚBLICA

Posteriormente, regresamos al terreno histórico en una conversación con Ana María Serna, profesora-investigadora del Instituto Mora y autora de *Dolo y Malicia. Regulación del lenguaje, criminalización del periodismo y libertad de expresión en México, 1901-1931*, entre muchos otros títulos sobre el desarrollo histórico de la esfera pública y la práctica periodística en México desde el siglo XIX hasta la actualidad. Serna comparte una serie de sugerentes reflexiones que ligan el pasado con el presente del periodismo y la discusión pública en México, abordando temas como la censura, la violencia, la polarización, el “chayote” y la relación entre prensa y poder político.

Y cerramos esta serie de entrevistas con Vanessa Freije, profesora-investigadora de la Universidad de Washington y autora de *De escándalo en escándalo: Cómo las revelaciones periodísticas construyeron la opinión pública en México*. En su libro, Freije argumenta que los escándalos políticos de los años setenta y ochenta sirvieron para ampliar y democratizar la esfera pública mexicana, puesto que diversos actores sociales aprovecharon la coyuntura

de los escándalos para incentivar discusiones que contribuyeran al entendimiento común de la realidad política nacional y, sobre todo, que fomentaran la acción política colectiva para presionar al gobierno priista para abrir mayores espacios al escrutinio público y la rendición de cuentas. En esta época de escándalos de corrupción de Morena, le preguntamos a Freije si el escándalo político conserva este potencial democratizador en México.

Juntas, estas entrevistas pretenden incentivar un debate más amplio sobre los cambios en la esfera pública contemporánea y sobre las maneras en que los ciudadanos podemos seguir produciendo espacios y mecanismos para discutir lo público, construir entendimientos compartidos de la realidad política y organizarnos colectivamente para llamar a cuentas al Estado. Se trata, pues, de un *microcosmos de la esfera pública para deliberar sobre la esfera pública*; de un tapiz de voces que, juntas, señalan posibles caminos para entender esta época tan turbulenta en términos políticos y tan interesante en términos analíticos.

## ENTREVISTA A PABLO PICCATO

Pablo Piccato es profesor-investigador de la Universidad de Columbia en Nueva York. Es autor de *Historia mínima de la violencia en México* (El Colegio de México, 2022), *Historia nacional de la infamia: Crimen, verdad y justicia en México* (Grano de Sal, 2020), *La tiranía de la opinión* (El Colegio de Michoacán e Instituto Mora, 2015), entre otros libros y artículos en los que ha estudiado el desarrollo de la esfera pública en distintos momentos de la historia de México.



**Revista Presente (RP):** Tu trabajo vincula la esfera pública con la violencia, dos ámbitos que suelen pensarse como opuestos: la primera asociada a la deliberación civil y la segunda a la ruptura violenta de los conflictos. ¿Cómo llegaste a articular esta relación y cómo ha evolucionado tu comprensión del vín-

culo entre esfera pública y violencia en México a lo largo de tu trayectoria como historiador?

**Pablo Piccato (PP):** Empecé a leer sobre la esfera pública mientras trabajaba en *La tiranía de la opinión*.<sup>1</sup> Habermas me ayudó a pensar las condiciones de posibilidad del discurso público y la relación entre sociedad civil y Estado. Estas lecturas teóricas ocurrieron en paralelo a la investigación histórica del libro, que desde el inicio buscaba comprender las prácticas y las ideas en torno al honor y al duelo.

El modelo de Habermas siempre me ha parecido útil, aunque conozco bien las críticas que se le han hecho. Su valor no está en tomarlo de manera literal o ahistórica —como si toda historia de la esfera pública tuviera que replicar el caso europeo—, sino en usarlo como una herramienta que permite iluminar otros contextos y momentos históricos.

En el caso de México, particularmente durante la República Restaurada y el Porfiriato, encontré que el proceso de construcción de una esfera pública liberal —con libertad de prensa y debate— coincidió con el auge del honor y del duelo. Ambas dinámicas estaban profundamente ligadas. El argumento central del libro es que el duelo permitía construir una idea de igualdad y libertad de opinión entre los hombres que conocían los códigos del honor. Creaba un terreno relativamente parejo, con

.....  
1 Pablo Piccato, *La tiranía de la opinión: El honor en la construcción de la nación mexicana, 1800-1910* (México: Instituto Mora y El Colegio de Michoacán, 2015), originalmente publicado en inglés como *The Tyranny of Opinion: Honor in the Construction of the Mexican Public Sphere* (Durham: Duke University Press, 2010).

## ENTREVISTA A PABLO PICCATO

reglas conocidas, donde se delimitaba qué se podía decir y qué no.

Por eso, la historia del duelo quedó enmarcada dentro de una historia de la discusión pública y de las protestas, pero sobre todo de la prensa: de cómo se juzgaban la difamación y las ofensas al honor en el espacio público. Mediante el uso regulado de la violencia —el duelo— se crearon en México las condiciones para un espacio colectivo en el que ciertos hombres de palabra podían disputar y expresar libremente sus opiniones.

Por supuesto, ese proceso implicaba exclusiones. El duelo era una práctica reservada a los hombres, y específicamente a hombres educados que conocían sus códigos. En ese sentido, la violencia del duelo funcionaba al mismo tiempo como una forma de moderar y de contener la violencia, aunque seguía siendo violencia.

Desde mi primer libro, *Ciudad de sospechosos*,<sup>2</sup> había observado que la violencia interpersonal en la Ciudad de México siempre estuvo gobernada por reglas, a veces implícitas y a veces explícitas. Con el duelo, esas reglas estaban escritas y formalizadas, pero no eran tan distintas de las que seguían las personas de clases populares cuando se enfrentaban en una cantina: la defensa de la reputación, evitar peleas desiguales, enfrentarse cara a cara, buscar un terreno neutral.



2 Pablo Piccato, *Ciudad de sospechosos: Crimen en la Ciudad de México, 1900-1931* (México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2010), originalmente publicado en inglés: *City of Suspects: Crime in Mexico City, 1900-1931* (Durham: Duke University Press, 2001).

En ese sentido, la violencia formaba parte de la creación de un espacio común que excluía a las mujeres, pero que permitía a los hombres reclamar una cierta igualdad en la expresión de sus opiniones. A partir de ahí empecé a interesarme también en la función comunicativa de la violencia. No sólo como destrucción de cuerpos o bienes, o como coerción, sino como un conjunto de actos cargados de significado, interpretados por testigos, víctimas y por la opinión pública. Desde esta perspectiva, la violencia puede entenderse también como un lenguaje.

**RP:** ¿Cómo dirías que ha cambiado el uso de la violencia en la esfera pública? ¿Crees que la dimensión del honor sigue existiendo de alguna forma o consideras que ha desaparecido? Y, en caso de persistir, ¿cómo ha evolucionado?

**PP:** Sí, empezando por la primera parte: lo que resulta muy evidente en México en los últimos años es que quienes utilizan la violencia —lo que yo llamo los “expertos en el uso de la violencia”— suelen añadir un exceso a su ejercicio. No se trata únicamente de una violencia instrumental, destinada a eliminar al enemigo, a la competencia o a controlar un territorio. Tanto en el caso de los grupos criminales —y en ocasiones también del Estado— la violencia viene acompañada de un excedente simbólico.

Ese exceso es legible. En el lenguaje de la nota roja y de los medios de comunicación en México, el público puede descifrar e interpretar esos mensajes. No es lo mismo encontrar cuerpos decapitados que encobijados,

encajuelados, entambados o colgados de un puente. Cada una de esas formas responde a códigos que la gente reconoce. Son excesos de violencia, porque matar ya implica la aniquilación del otro; sin embargo, se añade algo más porque se busca que la violencia diga algo, que comunique un mensaje.

Ahora bien, si pensamos la esfera pública como la relación entre sociedad civil y Estado, siguiendo el modelo habermasiano, podríamos decir que los grupos criminales no forman parte de la sociedad civil, en tanto que no buscan influir legalmente en decisiones de interés común. Pero también puede argumentarse que sí lo hacen, aunque fuera de la ley: recurren a la violencia como recurso, operan de manera extractiva y parasitaria en la economía y utilizan lenguajes que saben que tanto el Estado como la sociedad civil pueden interpretar. En ese sentido, no son tan ajenos a la esfera pública como podría pensarse desde una teoría liberal clásica.

En cuanto al Estado mexicano, su uso de la violencia ha cambiado. A diferencia de los periodos más autoritarios del PRI —en los años sesenta y setenta—, hoy no recurre de manera sistemática a la represión política: no hay una política generalizada de presos políticos, desapariciones forzadas o eliminación violenta de la oposición como forma de control. El tipo de violencia estatal que vimos en 1968, en la guerra sucia o frente a las guerrillas no opera hoy de la misma manera.

Eso no significa que el Estado no ejerza violencia, sino que lo hace de otra forma y en una relación distinta con la esfera pública. No

se puede afirmar que la esfera pública en México esté hoy restringida o controlada directamente por el Estado mediante la coerción. Sabemos que existe violencia contra periodistas, pero en muchos casos proviene de actores criminales o de agentes estatales actuando de manera ilegal. No se trata, en sentido estricto, de una política de violencia de Estado como la que existía décadas atrás, con coordinación, ideología y estructuras represivas claras.

**RP:** *¿Qué opinión te merecen los debates que se han generado en torno a la esfera pública a partir del surgimiento de las nuevas tecnologías, Pablo?*

**PP:** Todavía no estoy seguro de que estemos, propiamente, en una nueva era en términos de medios y comunicación. Es cierto que con las redes sociales —Facebook, Twitter, BlueSky y otras plataformas— cualquiera puede convertirse en autor y editor. Existe una mayor capacidad de presentarse ante un público que, en teoría, es infinito. Aunque en la práctica ese público suele estar compuesto por personas que piensan de manera similar, persiste la idea de que uno puede lanzar un mensaje en internet y que, potencialmente, puede ser escuchado por todo el mundo.

Lo que sí ha cambiado, a mi juicio, no es tanto la estructura de la esfera pública, sino la forma en que la subjetividad del autor se vuelve parte central del mensaje. Hoy la comunicación pública está atravesada por expresiones como “yo viví esto”, “yo vi esto”, “yo opino esto”, “estoy enojado”. Ese componente emocional y subjetivo es característico de los nuevos fenó-

## ENTREVISTA A PABLO PICCATO

menos comunicativos, en buena medida porque todos pueden participar en ellos.

En cambio, la idea de los *echo chambers* no es nueva. Siempre han existido. Cuando alguien era comunista leía *El Machete*; cuando era capitalista, leía *El Herald de México*. La noción de que hubo medios completamente neutrales que todo el mundo leía corresponde a un momento muy breve —y bastante idealizado— de la historia del periodismo. Desde sus orígenes, los periódicos han funcionado como espacios donde ciertos grupos reafirman su visión del mundo. Por tanto, siempre han existido cámaras de eco.

Lo que ocurre hoy es que parece que esas cámaras se han multiplicado, pero si uno observa con cuidado, los patrones no son tantos. Hay, por ejemplo, una derecha racista, sexista y xenófoba, con variaciones internas; y hay una izquierda liberal o democrática, también con matices, pero con premisas compartidas. No se trata de un número infinito de mundos comunicativos. En consecuencia, no creo que la esfera pública haya cambiado de manera tan radical como a veces se sugiere.

Además, la idea de una esfera pública completamente neutral es una ficción. Ni siquiera Habermas plantea que eso haya existido realmente. La esfera pública es un ideal normativo, no una descripción exacta de cómo funcionan los medios o el debate público. Desde ese punto de vista, mantengo cierto escepticismo histórico respecto a cuánto ha cambiado la esfera pública con la llegada de las redes sociales.

En cuanto a la llamada “era de la posverdad”, la idea de que antes existió un momento en el que los hechos pesaban más que las opiniones también es discutible. Si observamos la historia del periodismo en México, al menos desde principios del siglo XIX, encontramos que siempre ha sido, en gran medida, un periodismo de opinión. Con nombre y apellido, los autores presentaban sus ideas y juicios sobre la realidad. Hasta hoy, una parte muy significativa de los periódicos está compuesta por columnas de opinión que no siguen los mismos criterios de verificación, contraste de fuentes o búsqueda de respuestas que exige el periodismo informativo ideal.

Ese predominio de la opinión no es nuevo. Lo que ha cambiado es nuestra concepción de la verdad. Hoy la ciencia y el derecho cuentan con procedimientos específicos para construirla, pero históricamente la verdad periodística muchas veces emanaba de la voz autorizada del autor: “si yo lo vi, entonces es verdad”. Esa lógica sigue operando, aunque ahora convive con otros criterios.

La inteligencia artificial introduce riesgos evidentes, sobre todo por su capacidad para producir imágenes o videos altamente verosímiles de hechos que nunca ocurrieron. Sin embargo, no estoy seguro de que ese efecto sea permanente. La manera en que miramos las imágenes está cambiando. Videos evidentemente falsos —como montajes humorísticos de figuras públicas— ya se consumen con una mirada más crítica.

La idea de que la fotografía es sinónimo de verdad es una construcción del siglo XX que

hoy resulta insostenible. En realidad, la fotografía nunca fue una representación pura de la verdad: siempre pudo ser encuadrada, editada o manipulada, ya fuera en el cuarto oscuro o con herramientas digitales. Lo que ocurre ahora es que esa creencia se ha vuelto imposible de sostener.

Creo que, en los próximos años, cambiará profundamente la forma en que atribuimos verdad y autoridad a las imágenes y a los mensajes. No sé exactamente cómo ni cuándo, pero es difícil pensar que seguiremos interpretando los productos de la inteligencia artificial del mismo modo en que durante décadas se interpretaron, casi sin cuestionamiento, las fotografías periodísticas de guerra o de acontecimientos históricos.

**RP:** *Desplazándonos ahora hacia Estados Unidos, ¿cómo explicar este momento en la esfera pública estadounidense, considerando lo que ocurrió en la Universidad de Columbia?*

**PP:** En cuanto a lo que ocurrió en Columbia, quisiera aclarar primero que yo no estuve al frente ni en la primera línea de nada. Mi papel fue más bien el de observador y, cuando fui director del Departamento de Historia, intenté actuar como intermediario, apoyando a colegas y estudiantes. No tuve un rol protagónico. Aun así, la experiencia ha sido profundamente deprimente.

Columbia fue durante buena parte del siglo xx una universidad identificada con el pensamiento crítico: profesores y estudiantes que desafiaban convenciones, que introducían ideas provocadoras y que las expresaban abiertamente. Hoy, la institución está peligrosa-

mente cerca de la eliminación de temas “incómodos”, la restricción de discusiones legítimas y el debilitamiento de principios centrales de la vida académica, como la libertad de cátedra y la diversidad intelectual. Esa ofensiva existe, y mi impresión es que la universidad, como institución, no ha defendido la libertad de pensamiento y expresión con la firmeza necesaria.

Cuando hablo de “la universidad”, me refiero específicamente a su liderazgo burocrático. Ese nivel directivo ha respondido con demasiada docilidad a las presiones externas, en parte porque busca evitar cualquier forma de protesta. No se trata únicamente de presión gubernamental; hay también dinámicas internas que explican esta actitud. Al mismo tiempo, existe otra universidad: la de los profesores, los estudiantes, los seminarios y las aulas. Esa vida cotidiana sigue siendo rica y activa. En términos generales, quienes formamos parte de la institución seguimos haciendo nuestro trabajo, y salvo casos específicos, la censura directa aún no es sistémica. Todo esto está en riesgo, sin duda, pero esa universidad “cotidiana” sigue siendo, por ahora, una buena universidad.

Un punto clave de lo ocurrido en Columbia es que no debe entenderse como un proceso impuesto exclusivamente desde afuera. Las protestas —por ejemplo, contra el genocidio— no fueron inspiradas por actores externos. Fueron impulsadas por estudiantes de Columbia, conscientes de su lugar en la historia y de su responsabilidad frente a lo que ocurre en el mundo. Protestan porque no están de acuerdo con lo que sucede, y eso es coherente con lo

## ENTREVISTA A PABLO PICCATO

que estas universidades ofrecen: formar líderes críticos, capaces de intervenir en la historia. En ese sentido, se trata de un movimiento genuino, no racista ni antisemita, sino una forma legítima de presencia política.

Tampoco es cierto que toda la represión o la censura provenga exclusivamente del gobierno de Trump. Estas dinámicas comenzaron antes. Dentro de la propia universidad existen actores —miembros de la junta de gobierno, donadores, algunos profesores y estudiantes— que desean el silencio y han promovido una lógica claramente *macartista*, muchas veces instrumentalizando el discurso del antisemitismo para deslegitimar las protestas. Eso no viene solo de afuera; es una contradicción interna de la universidad.

Lo que cambia con un gobierno abiertamente autoritario es que esas fuerzas internas ganan poder, porque cuentan con respaldo gubernamental. No estamos ante un debate equilibrado entre dos posiciones intelectuales. Hay un grupo que tiene el apoyo directo del Estado, y ese respaldo se ejerce mediante la extorsión política. Eso distorsiona completamente la idea de una discusión pública abierta dentro de la universidad.

A esto se suma otro proceso de fondo. En los últimos cuarenta años, Columbia ha crecido enormemente en prestigio y recursos, acercándose al modelo de otras universidades de la Ivy League como Harvard o Princeton. Históricamente, Columbia fue el “pariente pobre” de la Ivy League: una universidad urbana, con menos recursos, donde estudiaron figuras como Jack Kerouac o Allen Ginsberg. Hoy, en

su aspiración por consolidarse como una gran potencia académica, la acumulación de recursos y el crecimiento del *endowment* se han vuelto criterios centrales de decisión.

Ese afán corporativo ha subordinado, en muchos casos, los criterios académicos y la libertad de cátedra. Es evidente que ciertas áreas científicas requieren financiamiento, donadores y apoyos gubernamentales, pero eso no debería implicar sacrificar principios fundamentales en el resto de la universidad, como está ocurriendo ahora.

Finalmente, en relación con la esfera pública en Estados Unidos, desde fuera puede parecer que ha sido completamente copada por discursos violentos de derecha, impulsados por redes sociales y grandes medios de comunicación. FOX, CNN y otras corporaciones mediáticas han girado hacia la derecha. Sin embargo, esto no refleja necesariamente un consenso social amplio. Muchas de esas voces no representan un movimiento orgánico de opinión, sino discursos promovidos o incentivados por el propio gobierno.

Existe una relación directa entre el Estado y los medios que distorsiona nuestra percepción de la esfera pública. La censura y la presión no operan siempre de forma explícita, sino mediante chantajes: amenazas de retirar licencias, imponer multas o bloquear adquisiciones empresariales. Esa lógica recuerda mucho a lo que Habermas describía para el siglo xx: una esfera pública degradada, comercializada, cada vez más controlada por el Estado y el capital, donde la discusión racional es desplazada por la propaganda.

Desde ese punto de vista, lo que estamos viendo hoy no es el fin de la esfera pública, pero sí una forma avanzada de su distorsión y privatización.

## ENTREVISTA A ÉDGAR ÁVILA

Édgar Ávila cuenta con lustros de experiencia en el periodismo local. Es corresponsal de *El Universal* en Veracruz y Puebla y es colaborador de la Agencia EFE (España). También es autor de *Pequeñas quimeras. Crónicas y entrevistas periodísticas* (Aguarena, 2016/2018), *Veracruz Contemporáneo* (IVEC, 2018), *La Bestia faldera* (Aguarena, 2020) y *Yali, la alegre viajera* (Gobierno de Veracruz, 2024).



**Revista Presente (RP):** ¿Cómo es el día a día de un periodista local en Veracruz y en Puebla?

**Édgar Ávila (EA):** La verdad es que no se puede hablar en términos generales del día

a día de los periodistas en los estados, porque depende de muchos factores: de cada persona, de sus intereses, de la forma en que ha decidido ejercer el periodismo, del medio en el que trabaja y del tipo de información que debe producir. Por eso, si yo describiera únicamente mi rutina, no sería posible generalizar cómo es el ejercicio periodístico a nivel estatal.

Lo que sí puedo hacer, si me lo permites, es ofrecer un panorama más amplio a partir de los distintos “días a día” que viven otros compañeros —incluido el mío—, para dar una idea más diversa de cómo se trabaja.

Por ejemplo, están los reporteros que diariamente cubren conferencias de prensa, muchas veces organizadas en cafés u hoteles, a las que convocan actores políticos. También acuden a eventos públicos de gobernadores, secretarios, partidos políticos o instituciones. Además, cuando hay manifestaciones frente a palacios de gobierno o dependencias oficiales, son ellos quienes salen a la calle a cubrir esos hechos. Se trata de periodistas cuya labor cotidiana está marcada por la cobertura constante de la agenda pública inmediata.

Hay otra modalidad de trabajo, por ejemplo, la de los corresponsales —que es mi caso y el de otros compañeros—. Nosotros ya no acudimos a este tipo de conferencias, a eventos de la gobernadora o a ruedas de prensa rutinarias, porque muchos de esos materiales no resultan relevantes para medios nacionales o para agencias internacionales. En mi caso, trabajo para una agencia internacional como EFE, y una conferencia de un partido político local, de un líder de taxistas que denuncia

## ENTREVISTA A ÉDGAR ÁVILA

abusos o de una manifestación de cafetaleros a quienes no les han pagado —sin restarles importancia— no siempre tiene el alcance o el interés que requiere ese tipo de cobertura internacional.

Por ello, nuestra dinámica es distinta. En lugar de acudir diariamente a eventos públicos, solemos sostener reuniones, desayunos, comidas o cafés con funcionarios, líderes políticos, sociales o económicos. Es en esos espacios donde vamos construyendo redes y nutriéndonos de información relevante. Esa es una parte central del trabajo de los corresponsales.

Algo similar ocurre con los columnistas. Ellos tampoco suelen hacer coberturas diarias de este tipo, porque no les resultan útiles para su trabajo. Su labor se basa, en buena medida, en reuniones privadas con distintos actores políticos, sociales y económicos, a partir de las cuales obtienen información, interpretan contextos y elaboran sus análisis.

Todo esto muestra que el ejercicio del periodismo es cada vez más diverso y también responde a decisiones personales. Hay colegas con muchos años de experiencia que deciden dejar de cubrir conferencias y prefieren enfocarse en la búsqueda de documentos, el análisis de información disponible en plataformas digitales, la realización de entrevistas telefónicas o el trabajo de investigación a distancia.

En ese sentido, la idea romántica —y ya superada— de que todos los periodistas se reúnen en una redacción para salir juntos a cubrir los mismos eventos dejó de existir hace tiempo. Las dinámicas han cambiado profun-

damente y hoy el trabajo periodístico depende del medio en el que se colabora, del tipo de audiencia a la que se dirige, de los temas que se cubren y, también, de las decisiones personales de cada periodista.

**RP:** *¿Esto ha sido así siempre o ha ido cambiando?*

**EA:** Estamos atravesando una etapa de crisis profunda en el periodismo. Hoy muchos periódicos ya no cubren viáticos, no envían recursos para traslados ni pagan adecuadamente fotografías o colaboraciones. Para agencias internacionales o medios nacionales resulta cada vez más difícil financiar coberturas en campo, y eso ha provocado que muy pocos periodistas puedan realizar coberturas físicas de ciertos eventos: inundaciones, desastres naturales, conflictos locales o situaciones que requieren presencia directa.

La precariedad económica limita seriamente la movilidad. Si un periodista sabe que su medio no le va a comprar ese material, lo más probable es que decida no desplazarse. En muchos casos, se opta por producir textos desde el escritorio o la oficina. Es lamentable y va claramente en detrimento del periodismo, pero es una realidad con la que se trabaja hoy.

Por eso, resulta imposible trazar un “día a día” homogéneo del periodismo en los estados. Hay múltiples variables en juego: condiciones económicas, tipo de medio, experiencia profesional, decisiones personales. Hay quienes ya no salen a reportear, otros que sí, y otros que combinan ambas formas. Son escenarios muy distintos.

A todo esto se suma otro factor decisivo: las redes sociales modificaron por completo la estructura del trabajo periodístico. Antes, para cubrir una historia, había que estar físicamente en el lugar, aunque implicara viajes largos. Hoy, en muchos casos, esa presencia ya no es considerada indispensable, lo que transforma radicalmente la forma de reportear.

**RP:** *Tú has sido corresponsal de diarios nacionales a nivel local y actualmente trabajas como corresponsal de una agencia internacional. Desde tu experiencia personal, ¿cómo identificas —cómo “olfateas”— aquellas noticias locales que tienen relevancia nacional en un primer momento y, en un segundo nivel, las que pueden interesar a la prensa internacional?*

**EA:** Son muchas las variables que influyen en la decisión de enviar o no un texto. La primera es la variable periodística básica: el impacto. ¿A cuánta gente afecta un hecho?, ¿qué tan profundo es su efecto social?, ¿puede un sólo caso ilustrar un problema más amplio? Esa es la primera línea para determinar si algo tiene valor noticioso.

La segunda variable, hoy inevitable, son las redes sociales. En muchas redacciones nacionales, quienes marcan la agenda ya no son necesariamente los criterios periodísticos, sino las métricas digitales: qué se viraliza, qué tiene más vistas, qué se comparte más. A veces, sin importar si el hecho es periodísticamente relevante o no. Si algo se vuelve viral, se pide cubrirlo, aunque se trate de un suceso trivial.

Muchos corresponsales vivimos una tensión constante con las redacciones centrales por el peso de las redes sociales. A veces te

piden cubrir temas francamente banales sólo porque funcionan bien en internet. Ahí hay una negociación diaria: o te niegas, o decides abordar el tema inevitable, pero dándole contexto, profundidad y explicación, para que no se quede en lo superficial.

La tercera variable es el medio para el que trabajas. Cada periódico, agencia o estación tiene intereses editoriales distintos. Algunos priorizan lo social o sindical, otros lo político, otros la violencia. Con el tiempo, uno aprende a reconocer qué temas le interesan a su medio y cuáles no, y eso también pesa al decidir qué proponer.

Aquí entra una cuarta variable fundamental: “las localías”. Explicar los contextos locales a editores que están en la capital y que no conocen las dinámicas culturales de otras regiones. Lo que en una comunidad rural es completamente normal —por ejemplo, una quinceañera que recibe como regalo un animal o se sube a un toro en una fiesta—, cuando se presenta sin contexto en un medio nacional, puede convertirse en motivo de burla o *bullying*. Esa mirada *exotizante* desconoce que se trata de prácticas cotidianas en entornos rurales.

Parte del trabajo del corresponsal es frenar esa visión, explicar el contexto y evitar que la vida local sea retratada como algo pintoresco o ridículo. No es lo mismo una celebración en una colonia urbana de la Ciudad de México que en un rancho ganadero del sur de Veracruz, Tabasco o Chiapas. Las costumbres son distintas y merecen ser entendidas antes de ser juzgadas.

## ENTREVISTA A ÉDGAR ÁVILA

Desde mi experiencia, estas cuatro variables —impacto periodístico, presión de las redes sociales, línea editorial del medio y explicación de los contextos locales— son las que determinan qué se manda y qué no. Y navegar entre ellas es una de las tareas más complejas del periodismo local hoy.

**RP:** *¿Cómo se vive, desde la experiencia cotidiana, la doble crisis del periodismo local en México —la precariedad laboral y las amenazas derivadas tanto del crimen organizado como de actores políticos—, y cómo impacta este contexto en la vida diaria de periodistas como tú y de tus colegas en estados como Veracruz y Puebla?*

**EA:** Las amenazas que todos conocemos siguen ahí: el narcotráfico, los cacicazgos regionales, líderes locales —políticos, económicos o sociales— y, más recientemente, una nueva clase política vinculada a Morena, que en muchos casos no comprende —o deja de comprender cuando no le conviene— el papel de los medios de comunicación. Cuando eran oposición, sí lo entendían; cuando el escrutinio les resulta incómodo, ya no.

Ese es el contexto general de riesgo en los estados, pero incluso dentro de él hay diferencias importantes. Mucho depende de cómo se hace periodismo. Y esto es algo que hay que decir con claridad: en las variables del riesgo también influye la ética profesional.

Un periodista que publica investigaciones sólidas —sobre corrupción o violencia— sustentadas en documentos, entrevistas verificables y una redacción cuidadosa, sin adjetivos ni descalificaciones, incomoda, sí, pero rara

vez recibe amenazas directas. Hay presiones, por supuesto; intentos de desgaste, campañas de desprestigio, “guerra sucia”: pasquines, rumores sobre supuestos pagos, ataques personales o familiares. Eso existe. Pero el riesgo disminuye cuando el trabajo es pulcro y profesional.

Un grave problema es que en los estados también existe —y es más frecuente de lo que se suele admitir— un periodismo que se ejerce sin controles éticos mínimos. Columnistas y reporteros que publican acusaciones sin pruebas: funcionarios “vinculados al narco”, mujeres señaladas como “amantes” de políticos para explicar su ascenso, nombres de supuestos líderes criminales sin respaldo documental. Se escribe así, se publica así.

Cuando ese tipo de contenidos circula, las reacciones son previsibles: denuncias penales, amenazas directas, respuestas violentas. No es lo mismo investigar y documentar que lanzar imputaciones sin sustento. Y ese es un problema estructural del periodismo local: existe un sector amplio que opina, califica y acusa sin pruebas.

Se publican columnas donde se llama “corrupto”, “inepto” o “imbécil” a un funcionario, sin explicar por qué, sin datos, sin contexto. Está bien denunciar la corrupción, pero hay que demostrarla. Si no, se cruza una línea muy delicada. Por eso, cuando se pregunta cómo se vive el periodismo en los estados, la única respuesta honesta es que se vive de muchas maneras. No se puede generalizar. Y esto es algo que también he señalado a organizaciones internacionales de defensa de periodistas:

no todo puede explicarse con el mismo diagnóstico.

No se trata de justificar la violencia ni de minimizar los riesgos reales —que existen y son graves—, sino de entender que el periodismo local en México es un campo profundamente heterogéneo, atravesado por precariedad, amenazas, pero también por decisiones éticas que influyen directamente en cómo se vive y se enfrenta ese riesgo.

**RP:** *¿Cómo evalúas hoy el fenómeno de la autocensura en el periodismo local, en un contexto marcado por amenazas del poder político y del crimen organizado, y hasta qué punto crees que el público local percibe —o pasa por alto— estas limitaciones a la libertad de expresión? En otras palabras, ¿cómo se conectan la autocensura derivada de la violencia y las presiones con la forma en que las audiencias locales reaccionan (o no) ante ella, en comparación con lo que ocurría hace una década?*

**EA:** Hablar de autocensura hace diez años era referirse a una realidad mucho más palpable. Era común escuchar: “me amenazó el gobierno, mejor me retraigo y ya no publico”, o “me advirtieron desde una organización criminal, así que dejo de tocar temas de seguridad”. Hoy, sin embargo, el escenario es distinto, y para explicarlo sí necesito dar un poco de contexto.

En los estados se ha instalado una polarización muy fuerte que también se reproduce dentro del gremio periodístico. Por un lado, hay un sector de periodistas que se ha convertido, de manera abierta, en vocero de la Cuarta

Transformación y de los gobiernos estatales: no como simpatizante, sino como portavoz. Por el otro, hay un sector igualmente radicalizado, profundamente enojado con la 4T y con el sistema político actual, que opera desde el extremo opuesto. Y cuando el periodismo se mueve en los extremos, el resultado suele ser devastador: desaparecen los matices, se abandona la ética y se sustituye la investigación por la consigna.

Ese es el problema: hoy en muchos estados conviven dos extremos muy agresivos. Unos defienden a capa y espada cualquier decisión del gobierno, incluso cuando no hay manera razonable de justificarla. Otros atacan con furia permanente, sin contemplaciones y, con frecuencia, sin rigor. En medio de esos polos queda un grupo mucho más pequeño de periodistas que intenta no entrar en esa lógica binaria. Pero mantenerse en el centro es extremadamente complicado, porque ambos lados te etiquetan: los oficialistas te acusan de estar “contra la 4T”, y los opositores radicales te señalan como “cómplice” por no amplificar ciertas narrativas.

En ese contexto, cuando preguntas si hay autocensura, mi impresión es que hoy hay menos autocensura entendida como “dejo de publicar por miedo”. Los extremos no se autocensuran: publican lo que quieren, y a veces llegan a niveles de descalificación sin sustento (“son corruptos”, “son ratas”, “es una ladrona”), sin documentos, sin pruebas, sin investigación. Y del otro lado, se defiende todo, también sin matices.

## ENTREVISTA A JULIE RICARD & ALEJANDRO NORIEGA

En cambio, quienes intentamos mantenernos en una posición más profesional —yo me cuento ahí— no necesariamente dejamos de publicar, pero sí incrementamos radicalmente la revisión. Se analiza más lo que se va a sacar, se verifica con más cuidado, se revisan documentos varias veces, se cotejan cifras, se confirma el contexto completo de una declaración. Esto es clave porque, en la dinámica actual, es muy frecuente que se saquen frases de contexto para convertirlas en tendencia y alimentar la indignación. Cuando uno revisa la conferencia completa, a veces descubre que el sentido era otro.

**RP:** *¿Qué te motiva a seguir ejerciendo el periodismo y a continuar informando sobre hechos locales para medios nacionales e internacionales, pese a todas estas dificultades, y qué aspectos del oficio son los que todavía te resultan gratificantes o significativos?*

**EA:** A veces no me motiva nada. Hay momentos en los que uno quisiera tirar la toalla y se pregunta, con toda honestidad, qué sigue haciendo aquí. Te sientes solo, lidiando con políticos que atacan y descalifican, con lectores que critican cada texto y, además, con una precariedad económica constante. Hay meses en los que no llegas a fin de mes y te preguntas cómo vas a pagar las cuentas. Es una sensación real y recurrente.

En mi caso, lo que me ha permitido seguir es buscar salidas paralelas. Abrí medios de comunicación propios, lo cual implica una lucha permanente y muy desgastante: conseguir acuerdos comerciales, generar ingresos, sostener el proyecto. No es sencillo, pero de al-

gún modo compensa, al menos parcialmente, la parte económica. Muchos compañeros han hecho algo similar: tienen otros trabajos, han abierto negocios y, al mismo tiempo, continúan ejerciendo el periodismo. Ese doble ingreso es, para muchos, lo que les ha permitido seguir haciendo lo que les gusta. De otro modo, ya se habrían retirado. Y, de hecho, muchos lo han hecho: dejaron el periodismo y se dedican a otra cosa.

En lo personal, la razón por la que sigo es difícil de explicar sin que suene ingenua o poco sofisticada. Tiene que ver con una historia familiar y con algo que siento muy arraigado: el periodismo forma parte de mi vida desde siempre. Vengo de una familia vinculada a este oficio; tengo un tío que fue fundador de *La Jornada* y que cubrió conflictos armados en Centroamérica. Crecí escuchando esas historias, viendo cómo se vivía el periodismo desde dentro. En ese sentido, más allá de todas las dificultades, sigo aquí porque, de alguna manera, lo traigo en la sangre.

## ENTREVISTA A JULIE RICARD & ALEJANDRO NORIEGA

Julie Ricard es investigadora del Laboratorio de Estudios sobre Desorden Informativo y Políticas Públicas (DesinfoPop) y doctoranda en Administración Pública y Gobierno en la Fundação Getulio Vargas (FGV) en São Paulo. Estudia desinformación y políticas públicas, con foco en salud, género y democracia. Anteriormente,

fue directora del programa de Tecnología y Democracia en Data-Pop Alliance.



Alejandro Noriega es doctor en IA aplicada por el MIT Media Lab y maestro en Tecnología y Políticas Públicas por el MIT IDSS. Fundador de Crowd Voice, plataforma que usa inteligencia artificial para realizar entrevistas masivas por WhatsApp y convertir la voz ciudadana en evidencia accionable mediante análisis avanzados. Ha fundado startups de impacto social en salud y protección social que operan en más de 15 países de América Latina y Medio Oriente, impulsado por la visión de vincular los avances en IA con su aplicación para el bien público.



**Revista Presente (RP):** *¿Consideran que, en el contexto actual marcado por las redes sociales y la inteligencia artificial, siguen vigentes las tres premisas clásicas de la esfera pública —la existencia de un público, una cultura de la deliberación y una base de verdad compartida— o creen que estas condiciones se han transformado de manera tal que obligan a repensar el concepto y sus alcances para la discusión pública contemporánea?*

**Julie Ricard (JR):** Yo diría que estamos frente a una transformación de la esfera pública. Para pensarla, vale la pena recuperar algunos elementos de la concepción habermasiana, en particular aquellos que remiten a las condiciones estructurales que pueden generar distorsiones en el debate público. Habermas mismo advierte que la esfera pública nunca es un espacio neutral y que está atravesada por fuerzas estructurales que la moldean.

Uno de los puntos clave tiene que ver con qué entendemos por “lo público”. Es un término ambiguo, porque puede referirse tanto a un colectivo —un público— como a aquello que es público en oposición a lo privado. Estas dos acepciones están profundamente conectadas hoy, porque una parte central de la transformación de la esfera pública ocurre en plataformas que, en un inicio, tendimos a concebir como una extensión natural del espacio público.

Cuando surgieron las redes sociales, hubo una narrativa muy fuerte en torno a la democratización de la producción de contenidos. En un primer momento, incluso se asociaron con procesos como la Primavera Árabe, en la medida en que parecían romper esquemas de

comunicación verticales en contextos autoritarios. Con el tiempo se hizo evidente que el panorama era mucho más complejo, pero el supuesto inicial fue que estas plataformas formaban parte de la arena pública y, por lo tanto, de la esfera pública.

Sin embargo, el punto fundamental —y a veces olvidado— es que estos espacios son privados. Y ahí aparece una dimensión estructural decisiva: se trata de plataformas regidas por algoritmos diseñados con base en lógicas de monetización. Los contenidos que vemos no están organizados en función del interés público, sino de métricas como clics, tiempo de permanencia o niveles de interacción. Esa base estructural es innegable.

En ese sentido, hablamos de espacios privados que median gran parte de la discusión pública y que están gobernados por algoritmos cuyo objetivo principal es maximizar la rentabilidad. Esto vale para plataformas abiertas como Facebook, Instagram o X, aunque con matices distintos en el caso de las aplicaciones de mensajería, que se han convertido en otro ámbito central de circulación de información.

Aquí es donde la inteligencia artificial adquiere un papel clave. Estas tecnologías están siendo desarrolladas y desplegadas por los mismos actores privados que controlan las plataformas, y no necesariamente responden a incentivos orientados al interés público. Por eso, más que pensar la inteligencia artificial como un simple factor tecnológico adicional, creo que hay que entenderla como parte de una estructura económica y política que recon-

figura profundamente las condiciones de posibilidad de la esfera pública contemporánea.

**Alejandro Noriega (AN):** Creo que la esfera pública sí se ha transformado de manera profunda, aunque diría que la inteligencia artificial no es el factor principal de ese cambio, aun cuando hoy forme parte de él. La transformación más clara es estructural y tiene que ver con el acceso y la circulación de la información.

Antes, el horizonte era relativamente homogéneo: uno leía el periódico dominante o, con suerte, algunos pocos más, y amplios sectores de la sociedad compartían los mismos contenidos. Hoy ese escenario se ha fragmentado radicalmente. Existen miles de fuentes de información y cada persona elige qué consumir. Esto pulveriza tanto el acceso como el control de los contenidos, lo cual tiene efectos ambivalentes: abre posibilidades, pero también genera problemas.

Al mismo tiempo, se ha democratizado la producción de contenidos. Esto transforma de fondo la noción clásica de “público”. Ya no se trata únicamente de un público receptor — que escucha noticias o consume información producida por otros—, sino de un público que también produce, comenta, comparte y reinterpreta contenidos. Incluso sin ser un creador profesional, cualquier persona participa activamente en la circulación de ideas a través de sus redes.

En ese sentido, se rompe la vieja imagen de un público pasivo que escucha de manera más o menos uniforme — como cuando “todos veíamos lo mismo” en la televisión abierta—. Hoy el público es simultáneamente audiencia

y productor, receptor y emisor. Aunque este cambio genera tensiones y desafíos, en términos generales me parece que ha tenido efectos más positivos que negativos, en la medida en que amplía las posibilidades de participación y expresión en la discusión pública.

**RP:** *¿Qué papel creen que juega la inteligencia artificial en la esfera pública, ahora que se pueden generar contenidos falsos o manipulados, como audios o videos verosímiles de actores políticos? Y, en general, ¿cómo piensan hoy el problema de la posverdad en tiempos de la inteligencia artificial?*

**JR:** Prefiero el término desorden informacional al de posverdad, porque describe mejor el ecosistema en el que estamos operando hoy. El problema no es únicamente que haya personas para quienes su opinión pesa más que los hechos, sino que convivimos con un entorno saturado de información, donde se vuelve cada vez más difícil distinguir entre distintos tipos de conocimiento.

Trabajo mucho el tema de las vacunas y ahí el problema se ve con claridad. En ese caso, sí existe un consenso científico amplio y sólido sobre su importancia para la salud pública. Sin embargo, la desinformación —ideas como que contienen metales pesados, chips o conspiraciones diversas— no sólo pone en riesgo a quienes creen en ellas y por eso dejan de vacunarse, sino también a la sociedad en su conjunto. De hecho, estamos viendo el regreso de enfermedades que habían sido prácticamente erradicadas, como el sarampión. Ese es un ejemplo concreto de cómo la lógica

de “mi opinión vale más que el consenso científico” tiene consecuencias reales.

Por eso creo que es distinto decir “mi opinión vale más que los hechos” a decir “mi opinión vale más que la verdad”. Hablar de “verdad” en abstracto puede llevar a un relativismo engañoso. En muchos ámbitos es difícil hablar de verdades absolutas, pero sí de consensos construidos con métodos rigurosos, que es lo que hace la ciencia. El problema aparece cuando esos consensos e instituciones son sistemáticamente atacados y deslegitimados.

Aquí entra también la dimensión de la polarización. Todas las personas tenemos sesgos cognitivos: tendemos a creer aquello que confirma nuestras ideas previas. Nadie está exento de eso. Por eso, informarse implica un trabajo constante de cuestionamiento personal y de reflexión sobre cómo consumimos información. El público nunca ha sido un receptor pasivo: siempre interpreta la información desde sus experiencias, referencias y marcos culturales.

Lo que distingue al momento actual es la escala. Vivimos un desorden informacional caracterizado por una cantidad de información abrumadora. No sólo hay más información que antes, sino que gran parte de ella está mediada por inteligencia artificial. Esto ocurre en varios niveles: los algoritmos que deciden qué contenidos vemos, la IA generativa que produce textos, y ahora también audios, imágenes y videos.

Esto introduce una nueva capa de incertidumbre. No todo contenido generado por IA es falso, pero tampoco es “real” en el sentido

tradicional: no ha sido producido por una experiencia humana directa. Tampoco podemos caer en la falsa equivalencia de asumir que todo lo generado por IA es desinformación. El problema es que el contexto de producción se vuelve opaco.

**AN:** La inteligencia artificial hace posible la generación de contenidos sintéticos que pueden parecer verdaderos, aunque no lo sean. Es importante no confundir los conceptos: la IA no genera hechos, sino representaciones. Un video de Trump diciendo algo que nunca dijo no es un hecho; es un contenido sintético que puede inducir a las personas a creer que ocurrió algo que en realidad no pasó. Esa capacidad de simulación forma parte de las posibilidades técnicas actuales y seguirá intensificándose.

Este problema no es completamente nuevo. Antes, la inteligencia artificial ya intervenía en la selección de contenidos a través de algoritmos que decidían qué veíamos y qué no. Lo que cambia ahora es que la IA no sólo selecciona información, sino que también la produce, lo que vuelve mucho más compleja la situación y exacerba el desorden informacional existente.

Dicho esto, creo que es importante introducir un contrapunto. Como muchas tecnologías, la inteligencia artificial tiene usos negativos, pero también potenciales positivos. Por eso me resulta útil el concepto de desorden informacional, porque no sólo describe el problema, sino que abre la puerta a pensar soluciones.

Por ejemplo, existen plataformas como *Ground News*,<sup>3</sup> que utilizan inteligencia artificial para mapear cómo distintos sectores de la esfera pública abordan un mismo tema. Estas herramientas muestran perspectivas divergentes, identifican sesgos y señalan qué voces o enfoques podrían estar quedando fuera del consumo habitual de una persona. En ese sentido, la IA puede ayudar a romper cámaras de eco y a ampliar el horizonte informativo.

La inteligencia artificial también puede contribuir a la detección de contenidos falsos y, a un nivel más cotidiano, puede servir para organizar información. Herramientas como ChatGPT permiten pedir síntesis balanceadas de un tema desde distintos puntos de vista —por ejemplo, desde la derecha y desde la izquierda— en un tiempo que a una persona le tomaría horas o días. Esa capacidad de ordenar el exceso de información es una de las razones por las que el término desorden informacional resulta tan pertinente.

Estas herramientas están, además, al alcance de muchas personas. Que se utilicen o no de esta manera es otro problema, pero la posibilidad existe. En resumen, la inteligencia artificial amplifica riesgos ya presentes —como la producción y circulación de contenidos engañosos—, pero también ofrece instrumentos para comprender mejor un ecosistema informativo cada vez más saturado y fragmentado. El desafío está en cómo se diseñan, regulan y utilizan esas tecnologías.

.....

<sup>3</sup> *Ground News*. Disponible en: <https://ground.news/>

**RP:** *¿Estamos transitando hacia una sociedad en la que resulta cada vez más difícil —o incluso imposible— construir consensos sobre ciertas realidades de lo público? Si es así, ¿qué papel desempeña la inteligencia artificial en ese proceso?*

**JR:** Para que exista un consenso, tiene que haber actores dispuestos a construirlo. Y eso hoy no siempre ocurre. En contextos de polarización extrema, como el Brasil actual, vemos cómo la competencia política se organiza casi exclusivamente entre polos opuestos —la izquierda y la extrema derecha—, mientras que el centro político queda prácticamente absorbido. Esto nos conduce nuevamente a elecciones altamente polarizadas en 2026.

Por eso creo que no basta con poner el énfasis únicamente en la información; es fundamental ponerlo en los actores. Una pregunta clave es quiénes son los agentes del desorden informacional y qué intereses tienen al promover ciertas narrativas. Aquí es importante distinguir entre *misinformation* y *disinformation*: la desinformación (*disinformation*) no sólo es falsa, sino que se produce con la intención deliberada de engañar; la información errónea (*misinformation*) es aquella que se comparte creyendo que es verdadera.

En Brasil solemos usar la figura del “tío del WhatsApp” para ilustrar esto último: alguien que comparte información falsa no por mala fe, sino porque cree que es cierta. El problema más grave está en la orquestación deliberada de narrativas diseñadas para generar polarización afectiva, cristalizar identidades y bloquear cualquier posibilidad de acuerdo. Ahí es donde

se vuelve realmente difícil pensar en la construcción de consensos.

En el caso brasileño, la polarización se articula sobre todo en torno a agendas culturales: género, religión, moralidad, familia. Estos temas dividen profundamente a la sociedad y se traducen en visiones opuestas sobre cuestiones como la seguridad pública y las formas legítimas de enfrentar la violencia. Episodios recientes en Río de Janeiro muestran con crudeza cómo esas visiones se materializan en acciones concretas y reflejan modelos de sociedad profundamente enfrentados.

Si una sociedad puede volver a construir consensos y verdades compartidas —una de las bases normativas de la democracia— no depende únicamente de la inteligencia artificial. La IA no crea estos procesos desde cero, pero sí los acelera y los amplifica. Hoy es mucho más barato y sencillo producir un *deepfake* que hace cinco años. En consecuencia, la inteligencia artificial actúa como un potente catalizador de dinámicas de polarización que ya estaban en marcha.

**AN:** Soy un poco pesimista respecto a la posibilidad de llegar a consensos amplios. Cada vez parece más difícil, sobre todo cuando observamos cómo se discute hoy y desde dónde se discute. El concepto de polarización afectiva me resulta muy ilustrativo: nuestras posturas políticas y públicas se definen cada vez más desde lo emocional y menos desde una racionalidad compartida.

La idea clásica de que, mediante el diálogo racional, podemos discernir entre opciones mejores y peores y eventualmente alcanzar

## ENTREVISTA A ADRIANA BUENTELLO

un consenso se vuelve cada vez más lejana. En un entorno marcado por la posverdad, las palabras y los argumentos están atravesados por múltiples mediaciones: los hechos se fabrican, luego se interpretan, y en ese proceso cada quien tiende a quedarse con la versión que confirma sus creencias previas, porque esas creencias están emocionalmente ligadas a identidades y “tribus” sociales. En ese contexto, el desacuerdo no se resuelve argumentando, sino reafirmando pertenencias.

Ante eso, me pregunto si existe algo más fundamental a lo que podamos anclarnos. Al final, hay hechos y hay consecuencias. El problema es que, en sociedades complejas como las nuestras, la relación entre decisiones políticas y sus efectos se ha vuelto extremadamente abstracta. El *feedback* —la retroalimentación que permite aprender de la experiencia— es débil, lejano o casi inexistente.

Cuando se discute, por ejemplo, si una política pública es mejor que otra, sus efectos sólo se pueden evaluar muchos años después, y aun así siempre se argumenta que intervienen decenas de factores adicionales. Esto dificulta enormemente aprender colectivamente y corregir el rumbo. En contraste, en comunidades pequeñas y más locales, esa retroalimentación es inmediata y tangible.

Pienso en el ejemplo de un pueblo pequeño, donde si alguien tira detergente al desagüe, al día siguiente el jabón aparece en el río que todos cruzan. La consecuencia es directa, visible y compartida. Ese vínculo inmediato entre acción y efecto permite discutir el problema cara a cara entre los miembros de

la comunidad y llegar a consensos prácticos sobre cómo evitar que se contamine el río. En cambio, en nuestras sociedades amplias y altamente mediadas, los problemas son cada vez más abstractos, las consecuencias más difusas y el aprendizaje colectivo mucho más difícil.

Ese alejamiento del *feedback* concreto debilita el piso común desde el cual podríamos construir acuerdos. Y sin ese piso compartido, la posibilidad de consenso se vuelve, al menos por ahora, profundamente incierta.

## ENTREVISTA A ADRIANA BUENTELLO

Adriana Buentello es periodista especializada en política y redes sociales. Estudió la maestría en Periodismo Político en la Escuela de Periodismo Carlos Septién García, y ha trabajado como productora de noticieros, conductora, locutora y estratega de redes sociales en diversos medios de comunicación en México.



**Revista Presente (RP):** *¿Qué cambios y continuidades notas de cuando comenzaste a ejercer el periodismo a hoy día?*

**Adriana Buentello (AB):** Estudié periodismo en la escuela de periodismo Carlos Septién García. Ya desde ahí lo que me llamaba la atención eran las empresas de medios. Un tema que pienso que debería estudiarse más en las escuelas de periodismo. Pues uno de los temas más dolorosos para las y los periodistas es enfrentarse a una dinámica de intereses, líneas editoriales que también pues... de forma, digamos, antiética, obligan a los periodistas a trabajar en condiciones precarizadas e intelectualmente infravaloradas.

Comencé en la radio; incluso trabajé como editora vial. En ese espacio me enfrenté de manera directa a la nota roja y a la violencia, incluida la violencia ejercida contra quienes trabajamos en esa área. Los editores de nota roja, por ejemplo, suelen desarrollar —y transmitir— cierta insensibilidad que termina afectando también a las personas que colaboran en esos ámbitos.

Después, como locutora vial, esa etapa también me dio la oportunidad de estudiar la maestría en Periodismo Político en la Escuela Carlos Septién García; formé parte de la primera generación. Más adelante trabajé como productora de noticieros. En ese proceso fui afinando mi enfoque profesional, porque justo en esa época —hablo alrededor de 2009— comenzó el auge de las redes sociales y me di cuenta de que ahí había una oportunidad clara de especialización. Por ello me concentré en el desarrollo de estrategias digitales.

Colaboré en mvs en un momento particularmente complejo, cuando Carmen Aristegui y su equipo fueron despedidos. Eso implicó enfrentar de manera directa dilemas éticos muy claros: saber que algo estaba ocurriendo y observar cómo la mayoría de las y los periodistas optaban por callar, por miedo a perder el trabajo, al desprestigio o a quedar en listas negras dentro del gremio.

Considero que gran parte de mi trayectoria ha estado marcada por la denuncia. Creo que esa es una responsabilidad que nos corresponde no solo como trabajadoras y trabajadores de los medios de comunicación, sino como personas que formamos parte de una sociedad atravesada por una pugna constante de intereses entre las empresas mediáticas y el poder político.

Posteriormente trabajé en Mexicanos contra la Corrupción y la Impunidad, donde pude observar cómo se fue gestando una organización con fines muy específicos. Aunque en un inicio abordé áreas y temas relevantes, con el tiempo resultó evidente que el objetivo político era otro. Ante ello, también decidí denunciar esos hechos, porque considero que la sociedad debe tener claridad sobre el origen de los proyectos, quiénes están detrás de ellos y qué intereses los mueven.

En ese sentido, creo que uno de los problemas centrales que enfrentamos hoy en materia de información es que el periodismo ha pasado a un segundo plano y ha dejado de ser relevante en la discusión pública frente al peso de las redes sociales, lo cual me parece incluso un riesgo para la democracia.

## ENTREVISTA A ADRIANA BUENTELLO

**RP:** *¿Cómo lidia con el hecho de que se trata de un oficio que, además de una vocación, implica recibir un salario y, por tanto, convivir con los intereses de quienes le pagan por su trabajo?*

**AB:** Ese es el gran dilema que señalas. Por un lado, existe la convicción profesional: el deseo de investigar, de denunciar, de ejercer el periodismo con rigor. Por otro, están los medios con intereses específicos, personajes con poder, líneas editoriales que se deben respetar y que, en muchos casos, no admiten cuestionamientos. Negarse, denunciar o intentar modificar esas líneas suele implicar perder un ingreso que, además, ya de por sí, es precario. Entonces surge la pregunta inevitable: ¿cómo se lidia con eso?, ¿es posible un equilibrio?, ¿se trata de elegir entre la convicción y la responsabilidad material?

Creo que esta es una discusión permanente dentro del gremio periodístico. Cuando uno estudia periodismo, suele formarse a partir de referentes que encarnan ciertos ideales: figuras como Vicente Leñero o Julio Scherer, que representan una forma ética y crítica de ejercer el oficio. Sin embargo, el problema es que para llegar a ocupar ese lugar muchas veces se requiere hacer pactos, aceptar que las empresas de medios tienen intereses propios y aprender a navegar en esas aguas. Muy pocas personas logran hacerlo, y aún menos consiguen hacerlo con dignidad.

La mayoría se queda en el camino o termina vendiendo por completo su pluma y su trabajo. La línea editorial, al final, la impone el medio de comunicación, y muchos periodistas

acatan esas directrices con la esperanza de que esa lealtad sea recompensada algún día con mejores posiciones o con un mayor margen de libertad. Pero en ese proceso también se van construyendo otros intereses, a menudo alineados con los del propio medio.

Ahí es donde aparece un problema más profundo: una forma de corrupción. No siempre explícita, pero sí gradual. Periodistas que, con el tiempo, se amoldan a los intereses de los gobernantes, de los políticos o de las empresas mediáticas, que suelen ir de la mano. Esa es, quizá, la parte más triste del panorama.

Con la llegada de las redes sociales, lejos de resolverse, muchas de estas tensiones se han agravado. La precarización se profundiza y, pese a la creciente profesionalización, el trabajador —o la trabajadora— de la información sigue recibiendo un trato que no corresponde a la importancia social de su labor.

**RP:** *¿Nos puedes platicar cómo ha sido tu tránsito por los distintos momentos del ecosistema mediático? Has trabajado en medios tradicionales, como la radio; luego en plataformas digitales y en medios digitales —a veces bajo el nombre de otras personas—, hasta llegar a tener tu propio espacio. ¿Cómo has vivido ese proceso?*

**AB:** Creo que, lamentablemente, el tema de los egos sigue siendo un problema muy fuerte en los medios de comunicación, no sólo en los corporativos o corporativistas. También en los medios independientes existe una precarización incluso mayor. En muchos casos, se aprovechan del amor que algunas personas sentimos por el periodismo para precari-

zar sueldos, ampliar funciones, delegar más trabajo del que corresponde y exigir prácticas laborales propias de grandes redacciones, sin ofrecer las condiciones necesarias. Es una forma de violencia de la que pocas veces se habla, en parte porque atraviesa cuestiones ideológicas.

Todas las personas tenemos ideología, y los periodistas no somos la excepción. Durante mucho tiempo se nos hizo creer en una supuesta objetividad que, en realidad, favorece los intereses de las empresas mediáticas y de los poderes económicos y políticos. La objetividad no existe; lo que sí existe es la responsabilidad ética. Cuando asumimos nuestras propias posiciones, también se abre la posibilidad de construir espacios propios.

Lo que observo hoy, especialmente con el auge de las redes sociales, es una tendencia a enaltecer al individuo por encima de lo colectivo, incluso bajo discursos libertarios que colocan el éxito personal como valor central. Eso me parece preocupante, porque arrastra a muchos medios independientes a sostenerse sobre el trabajo precarizado de muchas personas, no sólo en lo salarial, sino también en la organización, las exigencias y los modos de trato.

Por eso decidí optar por construir un espacio propio. En parte, porque quienes hemos vivido distintas formas de violencia en el periodismo no solemos buscar el reflector a toda costa. Nos interesa más el trabajo colectivo y servir al oficio sin poner el nombre propio por delante. Después de salir de algunos espacios, me sugirieron crear un proyecto personal. Al

inicio hubo inseguridad —algo que creo que muchas mujeres compartimos, sobre todo frente a la cámara—, en un entorno históricamente dominado por hombres. Aun así, decidí intentarlo.

El proyecto no es todavía autosustentable, pero ha logrado construir una comunidad crítica y participativa. Buscamos hacerlo de manera colectiva, abrir espacios para audiencias y colaboradoras y colaboradores que no los tienen en otros medios, incluso en los digitales alternativos. También ha sido un aprendizaje sobre qué prácticas no se deben repetir, especialmente en lo laboral y en las formas de colaboración. No quiero reproducir esquemas donde un proyecto se sostiene en la exaltación de una figura a costa del trabajo de otros.

El problema es que mucha gente sigue confiando más en una persona que en una colectividad, sobre todo en un mar de desinformación. Las figuras individuales se convierten en anclas de confianza, y eso tiene efectos claros en la conversación pública actual. Hoy esa conversación está profundamente marcada por las redes sociales y por los algoritmos, controlados por empresas supranacionales que influyen directamente en lo que circula y en cómo se discute. En este contexto, el periodismo ha sido desplazado de manera brutal. Muchos medios han optado por crear o contratar influencers, y el periodismo ha perdido centralidad en la disputa de narrativas.

La precarización se ha profundizado: no sólo en los salarios, sino en la multiplicación de funciones que se le exigen a una sola persona. La aparición de contenidos generados con

inteligencia artificial responde, en buena medida, a estas condiciones laborales. El periodista sigue siendo tratado como un obrero de la información, mientras que influencers —muchas veces sin formación periodística— ocupan espacios de análisis y debate, priorizando lo emocional por encima de la información rigurosa.

La conversación pública actual está dominada por la ira, el enojo, el reclamo y la confrontación. Gana quien grita más fuerte, porque eso es lo que los algoritmos premian y amplifican. Esa lógica es capitalizada por influencers con intereses políticos y económicos muy concretos, en detrimento del periodismo.

Estamos frente a una crisis profunda del oficio. Son pocos los espacios que buscan resistir y sostener el rigor periodístico. Hoy, la discusión pública está dominada por emociones llevadas al extremo, diseñadas para mantenernos enganchados en dinámicas de confrontación permanente.

**RP:** *Dado el contexto que describes, ¿cómo crees que debería insertarse hoy el ejercicio periodístico en esta nueva conversación pública? ¿Qué hacer?*

**AB:** No creo que haya una respuesta clara, sobre todo porque el tema del financiamiento del periodismo sigue siendo una discusión abierta. Cuando se abre o se cierra la llave del financiamiento —ya sea privado, o gubernamental, a nivel estatal o federal—, eso tiende a limitar directamente la operación del periodismo.

Cada vez me parece más necesario pensar en lo colectivo y en la suma de esfuerzos,

aunque eso también implica retos importantes: la organización, la recaudación de fondos y la sostenibilidad. No tengo del todo claro hacia dónde habría que avanzar, más allá de construir colectividades en las que la gente pueda sentirse parte del ejercicio periodístico, cercana al desarrollo y al trabajo cotidiano del periodismo.

Estamos acostumbrados a que las empresas de medios funcionen como intermediarias entre las audiencias y el quehacer periodístico. En esa intermediación, muchas veces se pierde información y se distorsiona la realidad: las notas se editan, se “cabecan” de otra manera, se recortan o se modifican. Esa mediación constante termina mutilando el trabajo periodístico.

El camino, aunque complejo, pasa por buscar formas de contacto directo con las audiencias y por utilizar las redes sociales de manera más creativa, no sólo siguiendo la lógica de los algoritmos —aunque, en cierto sentido, sea inevitable para ganar visibilidad—. Incluso los mecanismos de financiamiento que ofrecen las propias plataformas son mínimos frente al trabajo que exigen.

Imagino un escenario ideal en el que exista una interacción directa entre audiencias y periodistas, una convivencia más cercana, en la que la sociedad entienda que el periodismo necesita ser apoyado para poder sostenerse. Pensar el periodismo como un ejercicio compartido, en el que audiencias y periodistas se reconozcan mutuamente como parte de un mismo esfuerzo colectivo.

## ENTREVISTA A ANA MARÍA SERNA

Ana María Serna es profesora-investigadora en el Instituto Mora. Es autora de *Dolo y Malicia. Regulación del lenguaje, criminalización del periodismo y libertad de expresión en México, 1901-1931* (Instituto Mora/Tirant lo Blanch, 2021), *Se solicitan reporteros: Historia oral del periodismo mexicano en la segunda mitad del siglo xx* (Instituto Mora, 2015) y otros libros y artículos en los que ha estudiado el desarrollo del periodismo y la esfera pública en distintos momentos de la historia de México. Además, coordina el Seminario de investigación de Esfera Pública, Cultura y Ciudadanía del Instituto Mora.



**Revista Presente (RP):** *¿Cómo puede el concepto de la esfera pública explicar algunos fenómenos sociales de la realidad mexicana?*

**Ana María Serna (AMS):** Comencé a utilizar el concepto de esfera pública en un artículo sobre la prensa revolucionaria, a partir de la tesis de que, en los años en que el Porfiriato

entraba en crisis y hasta bien entrada la década de 1940, México vivió una etapa de libertad de expresión particularmente significativa. Recibí críticas basadas en que el concepto de esfera pública no era aplicable al caso mexicano. Como sabes, yo venía de una formación con Claudio Lomnitz y había leído también trabajos como los de Pablo Piccato. Eso me llevó a tomar muy en serio el problema y a estudiar con mayor profundidad si el concepto podía o no adaptarse a la realidad mexicana.

Las conclusiones a las que llegué son difíciles de resumir brevemente. De ese proceso surgieron un seminario en el que llevamos ya diez años discutiendo sobre la esfera pública, un curso de doctorado que he impartido en tres ocasiones en el Instituto Mora y, eventualmente, dos o tres libros. No es algo fácil de condensar, pero sí puedo compartir algunos aprendizajes centrales.

En primer lugar, el libro de Habermas — *Historia y crítica de la opinión pública* —, del que surge este concepto inicial más rígido de una esfera pública europea, tiene para mí dos aportes fundamentales. A partir de estudiarlo con detenimiento, creo que permite identificar momentos en los que la esfera pública se abre y se vuelve más fuerte, y otros en los que se cierra o se contrae. El término “madurez” quizá no sea el más adecuado, porque sugiere una idea de progreso lineal, pero sí podemos pensar en momentos de mayor densidad y vitalidad del diálogo público.

Aunque suele leerse como un texto normativo, el libro de Habermas es mucho más complejo. Se trata de un esfuerzo por situar

históricamente —con gran detalle— el surgimiento de la esfera pública. De ahí rescato, sobre todo, dos elementos. El primero es la idea del diálogo entre individuos privados, un espacio de intercambio en el que el Estado o el poder estatal están ausentes. Esa conversación entre particulares es, para mí, el núcleo del concepto de esfera pública.

El segundo elemento que me resultó especialmente útil para pensar el caso mexicano es el concepto de “publicidad representativa”, que Habermas identifica como una forma distinta y previa a la esfera pública moderna. México combina históricamente ambos modelos: prácticas de diálogo entre particulares y formas de publicidad representativa ligadas al poder, lo cual lo convierte en un caso especialmente interesante, pero también problemático, para aplicar el concepto.

Finalmente, Habermas plantea una tercera etapa, la de la comunicación de masas, donde el debate público se transforma profundamente. Ese proceso no es nuevo: lo venimos viviendo desde hace varias décadas y hoy se intensifica con los fenómenos que mencionabas —las redes sociales, la mediatización extrema y las nuevas tecnologías.

**RP:** *Suele decirse que en las redes sociales no es posible que funcione adecuadamente la esfera pública por la facilidad de recurrir al insulto. ¿Qué función ha desempeñado históricamente?, ¿qué lugar ocupa hoy el insulto en la esfera pública de México?*

**AMS:** Llegué al tema del insulto por un camino indirecto, a partir de un proyecto al que me invitó Ignacio Marván sobre los archi-

vos de la Suprema Corte de Justicia. Mi tarea fue analizar los expedientes relacionados con casos de libertad de expresión, lo que me llevó a estudiar de cerca las leyes que la protegían, pero también las que la limitaban. En la práctica, eso implicó adentrarme en la historia de la censura, porque muchas veces los límites a la libertad de expresión han sido, en realidad, mecanismos censores.

En ese proceso aprendí a distinguir dos cosas fundamentales: por un lado, la regulación del lenguaje —las normas culturales, jurídicas y sociales que buscan encauzar la expresión pública, como ocurre hoy con el discurso de odio— y, por otro, la censura propiamente dicha, que opera a partir de tabúes culturales y de la idea de que ciertas palabras o expresiones son “contaminantes” para el orden social.

Al revisar los casos judiciales, me di cuenta de que la mayoría no giraban en torno a ideas abstractas de libertad de expresión, sino a los llamados delitos contra el honor: difamación, injuria y calumnia. En casi todos los expedientes aparecía el insulto como el núcleo del conflicto. Personas o instituciones —el Ejército, funcionarios públicos, figuras de poder— se decían insultadas por expresiones públicas y acudían al sistema judicial para defender su reputación, lo que en muchos casos funcionaba como una forma de censura.

Eso permite ver dos dimensiones del insulto en la esfera pública. Por un lado, cómo escribían los periodistas y cómo utilizaban un lenguaje irónico, burlesco o directamente injurioso, especialmente en las primeras décadas del siglo xx, cuando el estilo era un arma

central del combate político. Por otro, cómo el sistema judicial se convirtió en un espacio de interpretación casi hermenéutica del lenguaje, donde una o dos palabras podían definir la culpabilidad de un periodista.

Históricamente, el insulto ha sido una herramienta clave en la esfera pública mexicana. No sólo como una agresión gratuita, sino como forma de denuncia, de combate político y de canalización de la ira frente a los abusos del poder. Existe incluso una tradición cultural que entiende la injuria como un arte, una forma sofisticada de dañar reputaciones o exhibir vicios públicos.

Hoy, ese uso del insulto sigue presente, pero se ha vuelto especialmente problemático por el recurso creciente al acoso judicial como mecanismo de silenciamiento. Lo que estudié en expedientes de principios del siglo xx reaparece de manera alarmante en el presente, en casos contra periodistas, académicos y medios. El insulto sigue siendo un arma poderosa del discurso público, pero también un punto vulnerable desde el cual se intenta restringir la crítica y limitar la deliberación democrática.

En ese sentido, el insulto no ha desaparecido de la esfera pública mexicana: ha cambiado de forma, de escenario y de consecuencias, pero sigue ocupando un lugar central en la disputa por la palabra, el poder y la reputación. Y hoy en día se sigue usando como pretexto jurídico para silenciar a los críticos de políticos e instituciones poderosas.

**RP:** *Muchas veces el insulto no es espontáneo, sino que se utiliza de forma estratégica para activar emociones en las audien-*

*cias o provocar reacciones en figuras políticas concretas. A partir de ese cruce entre insulto y emociones, ¿qué papel han desempeñado históricamente las emociones en la esfera pública y cómo operan hoy día?*

**AMS:** Lo primero que hay que subrayar es una obviedad: los seres humanos no solo pensamos, también sentimos. Eso aplica tanto a la vida privada como a la esfera pública. Durante mucho tiempo se intentó analizar el espacio público como si estuviera guiado únicamente por la razón, pero hoy sabemos —gracias a la historia de las emociones, un campo historiográfico muy prolífico— que eso es una ficción.

Asumir la dimensión emocional de la esfera pública no sólo es inevitable, sino sano. Pretender que las personas no se enojen, no se frustren, no se depriman o no expresen emociones intensas —incluso de manera poco cuidada— es desconocer cómo funciona la experiencia humana. El problema no es la existencia de emociones en el espacio público, sino cómo se usan y con qué fines.

Desde el punto de vista histórico, es importante distinguir entre distintas formas de relación entre emociones y política. No es lo mismo la manipulación deliberada de las emociones desde el poder —como ocurre en regímenes autoritarios o en aparatos de propaganda, ya sea en el nazismo o en ciertos populismos contemporáneos— que la expresión emocional como forma de resistencia, de protesta o de construcción de comunidad. En este sentido, varios movimientos políticos han operado como verdaderas “comunidades

emocionales”, donde los afectos compartidos articulan identidades y acciones colectivas.

Las emociones siempre han estado presentes en la esfera pública. Discursos como los de Eva Perón, Franklin D. Roosevelt o Lázaro Cárdenas apelaban claramente a ellas, pero no necesariamente a partir del odio o la polarización extrema. Hoy vemos un cambio importante: la manipulación emocional se ha intensificado y sistematizado, apoyada en tecnologías que permiten una circulación constante e inmediata de opiniones.

La tecnología actual nos ha dado a todos la posibilidad de opinar todo el tiempo, y eso ha desdibujado las fronteras entre información, opinión y deliberación. En ese contexto, muchas expresiones emocionales se producen sin mediación ni reflexión, lo que debilita la elocuencia, la capacidad de persuasión y el diálogo público. No es lo mismo la expresión emocional en redes sociales que en el periodismo riguroso, el trabajo académico o los espacios deliberativos formales.

Por lo tanto, las emociones han sido y siguen siendo centrales en la esfera pública. El reto no es eliminarlas, sino comprender sus usos históricos, distinguir entre expresión y manipulación, y pensar cómo pueden contribuir —o deteriorar— la deliberación democrática en un contexto de alta polarización.

## ENTREVISTA A VANESSA FREIJE

Vanessa Freije es historiadora y profesora-investigadora de Estudios Internacionales e Historia en la Universidad de Washington (ubicada en Seattle, Estados Unidos). Es autora de *Citizens of Scandal: Journalism, Secrecy, and the Politics of Reckoning in Mexico* (Durham: Duke University Press, 2020), traducido al español como *De escándalo en escándalo: Cómo las revelaciones periodísticas construyeron la opinión pública en México* (México: Siglo XXI/Instituto Mora, 2023). Actualmente, trabaja en un proyecto de libro que estudia el desarrollo de las conexiones satelitales en México durante la segunda mitad del siglo XX.



**Revista Presente (RP):** ¿Es posible utilizar la noción de esfera pública habermasiana para explicar el siglo XX en México?

**Vanessa Freije (VF):** He terminado por aplicar el concepto de manera crítica, porque logra condensar varias de las inquietudes que enfrentamos quienes estudiamos la prensa y,

en ciertos casos, sigue siendo útil. Sin embargo, mi relación con el concepto sigue siendo ambivalente.

La crítica que más me convence —y que yo misma he formulado— es la que se ha desarrollado desde América Latina, aunque puede hacerse también desde muchos otros contextos del Sur Global. La idea de la esfera pública en Habermas es histórica: él identifica un momento muy específico, en el siglo XVIII europeo, en el que se dieron ciertas condiciones —sociales, económicas y culturales— que permitieron la emergencia de una esfera pública particular, ligada al ascenso de la burguesía y a su capacidad de influir en la política.

El problema es que ese modelo se construye a partir de un espacio profundamente idealizado y excluyente, pensado para hombres con recursos, de cierta clase social, mayoritariamente blancos. No es casual que posteriormente muchas autoras y autores hayan intentado imaginar cómo sería una esfera pública que incluyera a las mujeres, a las clases populares o a otros grupos históricamente marginados. Sin embargo, el concepto original ya nace limitado por esa exclusión.

Mi dificultad con la esfera pública tiene que ver con que rara vez encontramos, en otros contextos históricos o geográficos, una esfera que cumpla con los requisitos que Habermas establece: debate racional, deliberación equilibrada, autonomía frente al Estado y capacidad de incidir en la política. Si esos criterios casi nunca se cumplen fuera de ese caso europeo tan específico, entonces cabe preguntarse qué tan útil es el concepto.

En América Latina, esta tensión es particularmente clara. Resulta muy difícil identificar espacios de debate que sean plenamente racionales, deliberativos y equitativos, y que al mismo tiempo tengan un impacto directo en las decisiones políticas. Eso me llevó a preguntarme si no era necesario repensar el concepto mismo, en lugar de intentar encontrar réplicas imperfectas del modelo europeo.

Siguiendo críticas como las que formuló Nancy Fraser desde hace varias décadas, empecé a cuestionar la idea de que el consenso generado en la esfera pública sea necesariamente democrático o equitativo. Puede haber consenso sin representación justa, sin igualdad real en la participación y sin simetría en las voces.

Mi argumento, entonces, es que si vamos a seguir usando el concepto de esfera pública, debemos construir nuevas historias sobre su surgimiento en contextos distintos, en lugar de medirlos siempre contra el patrón del siglo XVIII europeo. En el caso de México, lo que sostengo es que la esfera pública no surge a pesar de las desigualdades, sino apoyándose en ellas. Las desigualdades no son una anomalía del proceso, sino una condición constitutiva.

Por eso, más que buscar una esfera pública ideal, creo que es fundamental analizar cómo se delibera realmente: quién puede hablar, en qué condiciones, con qué recursos y con qué efectos. Ahí es donde el concepto sigue siendo útil, siempre y cuando se use de manera crítica y situada.

## ENTREVISTA A VANESSA FREJE

**RP:** *En tus investigaciones has trabajado el escándalo mediático. ¿Cómo se desarrolla dicho escándalo en la esfera pública?*

**VF:** En mi libro utilizo el escándalo mediático como una herramienta analítica para entender cómo distintos públicos se articularon en torno a temas comunes. Me interesó especialmente el periodo de las décadas de 1960, 1970 y 1980, cuando el PRI todavía mantenía un fuerte control sobre los medios, pero comenzaban a abrirse ciertos espacios de crítica.

Lo que observé es que muchos escándalos surgieron primero en ámbitos relativamente cerrados: medios de élite, publicaciones especializadas o espacios intelectuales. Sin embargo, su importancia radicó en su capacidad para saltar a otros medios y formatos —historietas, televisión, cine, incluso teatro callejero— y, con ello, alcanzar públicos mucho más amplios. Esa circulación expandida permitió que temas como la corrupción, los abusos del poder, la violencia política y la democratización se convirtieran en asuntos de discusión pública más generalizada.

Al mismo tiempo, esa ampliación hacía al escándalo más vulnerable a la manipulación y a los giros narrativos. Una vez que salía del ámbito de la investigación periodística original, el control sobre su sentido se diluía: ni el periodista ni los actores que filtraban información desde el poder podían ya controlar completamente la narrativa. Esto es una constante tanto en México como en otros contextos.

En ese sentido, sostengo que el escándalo cumplió una función democratizadora, no en el plano de la política formal, sino en el

de la formación de un público crítico. Permitted que más voces participaran en debates sobre qué significaba la democracia, la legitimidad del gobierno o la rendición de cuentas. Fue un momento histórico particular, en el que aún existía la posibilidad de formar una opinión pública relativamente cohesionada, gracias a la apertura de nuevos medios que aireaban críticas relevantes.

Analizo tanto los escándalos que fueron muy visibles en su momento como aquellos que, con el paso del tiempo, se consolidaron como hitos en la narrativa de la democratización mexicana. Un caso emblemático es el escándalo del auge y la posterior crisis petrolera de finales de los años setenta y principios de los ochenta. En él se combinan la expectativa de riqueza nacional, la revelación de una enorme malversación de fondos y la caída de una figura central del poder político, el entonces director de Pemex, Jorge Díaz Serrano, quien terminó encarcelado.

Ese escándalo muestra también cómo estos episodios pueden articular alianzas entre actores con intereses muy distintos. Por un lado, figuras de la izquierda como Heberto Castillo, quien investigó y denunció los malos manejos del petróleo; por otro, sectores del propio gabinete de López Portillo que filtraron información para debilitar a Díaz Serrano. Aunque el escándalo pudo haber servido a intereses particulares, una vez que circuló públicamente se transformó en una narrativa más amplia sobre la corrupción estructural del PRI, imposible de controlar del todo.

Otro caso significativo es el de Arturo Durazo, el temido jefe de la policía de la Ciudad de México, asociado con la corrupción, la tortura y los vínculos con el narcotráfico. Su figura se convirtió, a través del escándalo, en un símbolo de la descomposición y la pérdida de legitimidad del régimen. En conjunto, estos casos muestran cómo el escándalo mediático funcionó como un mecanismo central para ampliar la conversación pública, articular públicos diversos y poner en disputa el sentido mismo de la democracia en México.

**RP:** *¿Crees que el escándalo sigue teniendo el mismo impacto actualmente?*

**VF:** Creo que de los escándalos se pueden extraer algunas lecciones que siguen vigentes, pero también es posible identificar tendencias que distinguen claramente el momento contemporáneo. Lo que permanece es su función básica: centrar —o desviar— la atención pública. Un escándalo sigue siendo, ante todo, una narrativa que concentra la mirada colectiva y articula una conversación en torno a casos concretos, generalmente relacionados con el gobierno o la corrupción.

Por lo tanto, los escándalos continúan cumpliendo la función de focalizar el debate público. Sin embargo, hoy operan en un contexto muy distinto, marcado por al menos dos transformaciones importantes.

La primera es la multiplicación de las fuentes de información. No sólo existen más medios, sino que las redes sociales han contribuido a dispersar la atención y a fragmentar los públicos dentro de un mismo país o región. A diferencia de otros momentos históricos, re-

sulta cada vez más difícil que un solo escándalo articule una conversación pública amplia y compartida.

La segunda transformación es que la fabricación del escándalo se ha convertido en un negocio. Existen estructuras y actores especializados en producirlos o en manejarlos, lo que ha amplificado debilidades que siempre estuvieron presentes en este tipo de fenómenos. Esta profesionalización del escándalo ha terminado por debilitar su potencial para abrir o fortalecer la esfera pública.

**RP:** *En México suele criticarse que las columnas de opinión concentran demasiada atención y recursos, en detrimento del periodismo de investigación y del trabajo de reporteros de base. Dado que has estudiado a fondo el género de la columna política y los archivos de distintos columnistas, ¿podrías contarnos cuál es la historia reciente de este género y por qué se volvió tan preponderante en el ecosistema mediático mexicano?*

**VF:** Lo interesante es que muchas de las críticas que hoy se hacen al género ya existían hace décadas. Desde finales de los años setenta surgió incluso el término *columnismo*, utilizado de forma peyorativa para referirse al uso de la columna como instrumento de calumnia o ataque político. Esa crítica apareció, paradójicamente, en el mismo momento en que algunas columnas comenzaban a volverse más críticas e independientes del discurso oficial, mientras otras seguían usando el espacio para golpear adversarios. Esto muestra que la preocupación por el poder y la influencia de las columnas no es nueva.

## ENTREVISTA A VANESSA FREIJE

Un primer elemento central es, entonces, la relación de cercanía entre columnistas y funcionarios, una relación que otorgó a las columnas un peso político considerable. Pero hay un segundo fenómeno, más propio del presente, que resulta especialmente preocupante y que no es exclusivo de México.

Hoy, bajo una fuerte presión económica, muchos medios consideran más viable invertir en columnas de opinión que en periodismo de investigación. Es más barato pagar una columna de análisis que financiar reportajes de largo aliento en el terreno. Este patrón también se observa en otros países, como Estados Unidos. A ello se suma que la identidad de muchas publicaciones se ha ido construyendo alrededor de sus columnistas, más que del trabajo reporteril, en parte porque eso también responde a expectativas de las audiencias.

En ese sentido, no sólo influyen las decisiones editoriales, sino también lo que los medios creen que los lectores demandan para competir en un ecosistema saturado de plataformas y contenidos. El resultado es una

tendencia clara: la reducción de la inversión en periodismo de investigación y de campo, y un desplazamiento hacia contenidos producidos desde la redacción.

El vacío que deja esa retirada ha sido parcialmente llenado por lo que suele llamarse periodismo ciudadano. En contextos críticos —desastres naturales, protestas, conflictos armados—, cuando no hay periodistas en el terreno o se les impide el acceso, son los propios ciudadanos quienes documentan y difunden información, como ha ocurrido recientemente en Gaza o en distintos escenarios de crisis.

Sin embargo, lo que me preocupa a largo plazo es la posible desaparición del periodismo de investigación profesional. Para comprender fenómenos complejos, opacos o deliberadamente ocultos, sigue siendo indispensable el trabajo sistemático de quienes investigan, contrastan fuentes y llevan esos hallazgos a la atención pública. Sin ese trabajo, la esfera informativa se empobrece, incluso cuando la opinión sigue ocupando un lugar central.¶

# EXPEDIENTE





## DIGO LO QUE PIENSO: SOBRE LA UTILIDAD O EL SENTIDO DE PUBLICAR EN LA RED (O SEGUIR PUBLICANDO)

Por Sofía Garnica Esteva

En la actualidad, concibo la opinión pública como un fenómeno indisoluble del internet. Es en este espacio digital en donde se fraguan muchas batallas invisibles. Más invisibles que batallas, pero reales a su manera. Y es que la red, hace un tiempo, resultaba la utopía realizada para la discusión pública antes de su cooptación por los grandes intereses económicos. Un espacio en donde uno esperaba decir lo que pensaba y recibir una respuesta pertinente de los otros. Un intercambio en libertad. Lo mismo que esperar la respuesta de otros.

Pero, para quienes no desistimos de utilizar redes digitales, es notorio que últimamente, y de manera más frecuente, nos encontramos inmersos en conversaciones cada vez más violentas

y desprovistas de sentido. Basta con mirar de reojo, por ejemplo, a la red social “X” — Twitter, como nos empeñamos no pocas personas en seguir llamándola—, adquirida por el empresario sudafricano y estadounidense Elon Musk, que se ha convertido, a mi parecer, en el lugar ejemplar de ese clima implacable de la conversación inflada, agresiva, sesgada y plagada de *bots*.

La noción de que la red no sólo se ha vuelto un espacio cada vez más violento sino poco orgánico, desprovisto de interacción humana real, se ve afianzado por la introducción de sistemas y programas de inteligencia artificial que no sólo sirven para eficientarlo, sino que además introducen sesgos y tendencias en sus algoritmos.

Este nuevo modo de operación, que ya se esbozaba en forma de conspiración paranoica hace menos de una década en foros de Reddit y blogs —la llamada teoría del *internet muerto*—, hoy resulta una constatación sólida a esta hipótesis.

Dicha teoría sostiene que desde un tiempo atrás, el internet está casi por completo alimentado por contenidos inorgánicamente creados, generados por inteligencia artificial, granjas de bots y sesgos inducidos por las empresas que controlan dichos sistemas; lo mismo ocurre con los mecanismos de amplificación de este contenido —la creación de cámaras de resonancia—. Se trata básicamente de un espacio vacío de personas humanas; o en vías de extinguir su presencia.

La deriva no es gratuita. Ante estas circunstancias, una se pregunta para qué seguir

contribuyendo a la generación y aparente participación en redes sociales cuya promesa de conexión e interacción con los otros se desvanece ante el cementerio en ciernes de ecos repetidos de lo que alguna vez fue un estímulo humano —a modo de distopía deleuziana.

La réplica a esta inquietud llega en forma de afirmación y posibilidad: *Digo lo que pienso*. Esto es lo que reviste obstinarse en participar en la conversación pública. Se trata de la *posibilidad* de expresarse individualmente, autoafirmarse y dialogar con los otros.

No obstante, esta expectativa muy pronto se debilita en el preciso momento en que se invoca, ¿es posible seguir practicando esta consigna aquí y ahora? A mi parecer, la aparente sencilla afirmación encubre al menos dos problemas: el primero interpela a la posibilidad misma de la discusión pública en el presente; la segunda cuestión, a la posibilidad de la autoafirmación propia, emancipada de su envés o, digamos, de la colectividad uniformizante.

El primero de los obstáculos está vinculado a la típica asociación entre el internet, tal y como se presenta actualmente, y la noción de *ágora*. Al procedimiento por el que se equipara a ese espacio destinado a la discusión e intercambio de ideas con el *otro*, un espacio para la política en su sentido moderno más elemental.

De manera que si pensamos en la red en cuanto versión actualizada de plaza pública tendríamos invariablemente que admitir una serie de supuestos que la hacen posible. Por ejemplo, el lugar equidistante que guardan todos sus participantes —una mínima noción de paridad—, la posibilidad real de un diálogo y

la discusión colectiva y razonada que dimana de este, la libertad de expresión que excluye la censura, por mencionar algunos.

Aunque se hace patente muy pronto que no sólo el internet no es un espacio en donde esta versión utópica de referencia llega a su consecución, sino que magnifica los vicios preexistentes que de suyo ya se manifestaban en el correlato análogo de los medios de comunicación.

Más aún, no sólo el medio no es idóneo por nuevas y problemáticas expresiones que se han abierto paso a través de este —lo que he enumerado antes muy rápidamente—, sino que en su sentido más radical esta imposibilidad se afinca en una idea bourdiana:<sup>1</sup> la que dice que, en sí misma, la opinión pública no existe y resulta más bien la expresión del sesgo. El sesgo que interesa a algunos amplificar.

El segundo problema, por otro lado, comparte un sentido concomitante con la terminología sociológica. El individuo como un ente completamente original es inviable, pues está determinado por su medio y condiciones materiales. Se trata, en suma, de un viejo debate en torno a la predeterminación social. En general, que somos producto de una *estructura estructurante*, en palabras de Bourdieu una vez más; una que determina nuestros gustos, preferencias, predisposiciones y comportamientos e, incluso, disputa la posibilidad de la

libertad —en sentido positivo, en cuanto autoafirmación y realización.

De manera que el estado de la cuestión se revela más o menos deplorable por ambos frentes: la imposibilidad de la discusión pública real siempre truncada por un vehículo ilusoriamente transparente —ayer el periódico impreso, hoy la red muerta— y, por el otro, la imposibilidad de sobreponerse a la determinación del medio. Es decir, quizás no es cierto que aquello que pienso es realmente un pensamiento autónomo. Y es posible que cada una de estas iteraciones no encuentren jamás un lector orgánico ni reciban mucho menos la invitación a un diálogo. ¿Qué sentido tiene, pues, seguir insistiendo en aquello?

A veces me imagino en el movimiento de una nave solitaria vagando por un mar plagado de sombras y recortes de luz —la metáfora naval del internet no es ociosa en ese sentido—, uno que hoy parece un telón de fondo siempre inmóvil, hasta que deja de serlo. Frecuentado y, cada vez menos, por oasis alimentados por otras personas. Pero cuando ocurre el encuentro, el descubrimiento de una idea confrontativa, de un ápice de crítica, de buenas ideas, entonces tiene sentido empeñarse en seguir creando y publicando. Para una misma y también para los demás. Participar de ese espacio que brilla con un *fulgor inasible*, sobre todo, porque en su centro no hay tal abstracción, sino personas de carne y hueso, a pesar del *clickbait*, del *rage bait*, y de todos los neologismos que nombran a las cada vez más

.....  
1 Pierre Bourdieu, “La opinión pública no existe. Conferencia impartida en Noroît (Arras) en enero de 1972”, *Les temps modernes*, n.º 318, enero de 1973, pp. 1292-1309. Disponible en: [https://sociologiac.net/biblio/Bourdieu\\_OPE.pdf](https://sociologiac.net/biblio/Bourdieu_OPE.pdf)

abundantes criaturas de la red digital y sus vicios.

Los espacios que alguien toma aquí y allá son espacios que no han cedido a la fuerza uniformizante del capital automatizado. Sobre todo, cuando provienen de voces que crean desde el margen, en los resquicios. Estos son los espacios contracorrientes realmente valiosos, “originales” hasta determinado punto. Porque no han cedido a la cultura dominante. O porque en esta no existe algo parecido — aún.

Cuando veo, cuando leo, cuando consumo lo que otros hacen y crean en el sentido antes mencionado, pienso que existe un valor inmanente en la mera actividad de continuar escribiendo, creando, publicando, que es ya valioso por sí mismo; pero, con mucha frecuencia, también encuentro que esta respuesta permanece inacabada, inconclusa o es insuficiente.

Yo misma me sorprendo luchando contra la falta de propósito de algo que el resto del tiempo considero importante: escribir, publicar. Muchas veces también, a punto de rendirme, de cerrar para siempre este capítulo y no pensar más en él.

Pero hay una ansiedad mayor en ello que la de simplemente no pertenecer. Esto es, renunciar a una parte inexplicablemente constitutiva de mi persona. Y digo inexplicable porque se trata de aquello que compete a un dominio

que rehúye las palabras. En un futuro que se augura perfectamente simétrico, las irregularidades y la falta de respuestas son una provocación. Esto es resistir, continuar disputando aunque sea un pequeño, diminuto e ínfimo espacio al movimiento que coopta con voracidad —incluso dentro de la llamada discusión pública— a las voces que navegan al margen.

Insistir es creer en la posibilidad de la discusión y el diálogo, a pesar de todo. Aunque lo diga desde un lugar poco optimista. Es creer, tener esperanzas sin optimismo —en palabras de Eagleton—, que esto es posible porque estamos armados únicamente con nuestros cerebros y palabras. Patrimonio que debemos, al mismo tiempo, a todas las personas que nos antecedieron o coexisten con nosotros.

Esta respuesta que queda a deber, se alinea también con la naturaleza de la discusión que valoro: al margen, opaca, incompleta, siempre a punto de ser algo más.

Insistir implica aferrarse a seguir explicándonos cosas en un mundo en que todo parece estar superado, cooptado por grandes intereses que no son los nuestros pero se hacen pasar por nuestro gusto, nuestra sensibilidad o los hacen suyos. Sobre todo, obstinarse en encontrar una humanidad que hace falta afirmar una y otra vez porque es siempre distinta, en la medida en que nada nunca está dicho definitivamente. ¶



—¡Pasen ustedes, señores periodistas!.....

## LOS TRES CAMINOS DE LA ESFERA PÚBLICA

Por Alonso Vázquez Moyers

“No sé ni quiero saber”, me dijo categórico, para zanjar la discusión. Sus palabras no ocultaban la molestia y el fastidio. La declaración, esperable aunque inquietante, es la perfecta ejemplificación de la *posverdad*. Para mi interlocutor, un convencido simpatizante del gobierno y del *lopezobradorismo*, no era necesario conocer —aunque fuera de manera superficial— el proceso penal, el principio de presunción de inocencia, y ya no digamos, la importancia de las pruebas, los límites del poder del Estado y el debido proceso, para dar por buena una conclusión que, sorprendentemente, han dado de manera indistinta funcionarios del sexenio de Calderón, el aún villano favorito del segundo gobierno de la autodenominada *Cuarta Transformación*, y funcionarios de esta; de manera destacada, el ex fiscal general de la República Alejandro Gertz Manero. Justamente a él se refería y daba por buena su premisa, que circunda buena parte de la narrativa en torno al problema de la delincuencia y los jueces, resumida en: ellos —los jueces federales— liberan por cualquier pretexto a quien nosotros atrapamos.

Escojo este fragmento de una conversación que sostuve hace un par de meses, porque mucho nos dice sobre el estado de nuestra esfera pública, sus tensiones, cambios, desafíos y actualidad. Las disputas políticas y la actual disposición a creer las narrativas que se ajustan a nuestras preferencias políticas, aún si con ello descartamos opiniones informadas o expertas, datos y hasta hechos, nos puede conducir por varios caminos.

Pienso en estos como en tres tipos de calles que podemos encontrar en las ciudades: algunas de buen trazo, aunque problemáticas, precisan no salirse de la ruta, a reserva de extraviarse. Otras, equívocas pero pintorescas, pueden no llevarnos a donde queríamos, pero nos permiten descubrir territorios poco conocidos. Al final, algunas entrecruzadas, con bifurcaciones inesperadas, terminan por no llevarnos adonde íbamos, sino a descubrir otros lugares. Esa complejidad me viene a la mente cuando me pregunto sobre la relación entre la esfera pública y la democracia contemporánea. Intuyo tres rutas posibles.

\*

Como suele suceder, el primer camino es el menos novedoso: seguro, aburrido, predecible. Es el trayecto que todo mundo transita cuando no quiere correr riesgos. Ese es el trayecto que sigue el *camino democratizador*. La democracia liberal y sus características definieron una ruta a seguir, un modelo impermeable a la política y como consecuencia, una esfera pública de conversación tranquila, racional, sin

estridencias. Al final, sólo se trataba de analizar las decisiones técnicas, llevar al público no especializado los porqués de la política pública.

Con cierta vaguedad recuerdo haber visto un promocional en el cine donde un grupo de niños y niñas se encontraban en un espacio que simulaba al Congreso, para tomar decisiones. En vez de subrayar divergencias y hacer evidentes posiciones encontradas, se levantaban sonrientes de su asiento para pronunciar un contundente y unánime: ¡a favor! Desde esta visión, la realidad actual aparece como una catástrofe. Por tanto, encontramos la insistencia (algo lógica) a retomar el camino. Su incapacidad para entender los lleva a señalar lo obvio, sin que se pregunten “¿por qué?”. La polarización, aseguran, destruyó la esfera pública y se debe a los otros, estulta chusma seguidora de líderes carismáticos. La paradoja del *camino democratizador* es que (también) parece no saber ni querer saber.

No se detienen, por ejemplo, a pensar que quizá la suya se trataba de una esfera pública artificial, cerrada a pocas personas sin demasiadas ideas, confeccionada por y para la intelectualidad orgánica de la democracia liberal contemporánea, uno de varios modelos posibles que, no obstante, imaginaron como el definitivo.

\*\*

La conclusión del apartado anterior anuncia el segundo camino: *la ilusión de la esfera pública*. Se trata, creo, de un camino más inseguro, provocador y, en alguna medida, original.

Es más o menos conocido el final del relato de Hans Christian Andersen *El traje nuevo del emperador*: “¡El rey va desnudo!”, grita un niño que señala lo evidente pero que nadie se había atrevido a decir.

Es probable que nuestra esfera pública haya estado hueca. Carente de muchas ideas, simplificadora en exceso y alejada de la realidad de la mayoría de las personas, sirvió no obstante para hacer carreras: en la academia, en los medios, en la función pública, por mencionar algunas.

Para acceder a ella, no hacía falta necesariamente mucha inteligencia, aunque sí buena capacidad para relacionarse. Se premiaba el uso de algunas palabras (transición, competencia, racionalidad) y, para los más refinados, metodologías (matemáticas para demostrar la competencia, racionalidad y validar la transición como un destino final).

Tal vez ese sea el mejor legado del expresidente López Obrador: sus frases pegajosas y su uso chabacano del lenguaje bastaron para exhibir las carencias de quienes por décadas conformaron el rostro más visible de la esfera pública.

Despojados de sus trajes, furiosos, incrédulos de su nueva irrelevancia, emiten desplegados y se aferran a sus ideas como quien se niega a abrir un paraguas en medio de una tormenta. Incapaces de influir en la toma de decisiones, los vemos firmar columnas o de plano hacer declaraciones al borde de la locura. O al borde de la ultraderecha, que no es sino una cara de la locura.

\*\*\*

El tercer camino propone una síntesis de ambos. Permite llegar a un destino siguiendo un trayecto algo sinuoso. Desgraciadamente, no se trata de un destino agradable (no hay luz al final del túnel). *Es el camino de la degradación*.

Todas las posibilidades de los caminos anteriores son ciertas y se entrecruzan: existió una esfera pública, pero era endeble; existe la polarización y es perniciosa. Al haberse roto, las posiciones de los desplazados de antes y los nuevos monopolizadores de la conversación pública se endurecen.

En un episodio reciente del *New Yorker Radio Hour*, un ex militante del movimiento MAGA (como él mismo se define) habla de las dificultades que ha enfrentado para “salir”: las amistades que ha perdido (refiere también las que perdió) y las creencias que tuvo que derrostar, pero también las que subsisten. Aunque no fue sencillo, luego de un tiempo se dio cuenta de estar en una caja de resonancia. Abandonarla supuso algo relativamente sencillo: diversificar fuentes de información y cuestionar sus *odios*.

El movimiento MAGA, y la polarización no son una curiosidad. Son el reflejo de estructuras y significados subyacentes. Pero la fractura tiene otras consecuencias posibles: el fascismo, entre otras razones, fue posible por el miedo al comunismo que invadía a élites políticas, empresariales y a la ciudadanía común. Ahora, vemos a los racionales de ayer acercarse sin mucho problema a quienes buscan combatir la dictadura de los “zurdos de mierda”.

Érase una vez una esfera pública que ba- pero que limitaba también, los ánimos autorita-  
rría por debajo de la alfombra los problemas, rios de unos y de otros. ¶



la oleada de manifestaciones opositoras tras el primer año del sexenio de la presidenta Claudia Sheinbaum, cuyo punto común es rechazar los programas sociales que el antecesor de la mandataria convirtió en derechos promulgados en la Constitución.

Desde los bloqueos carreteros en el Bajío y Chihuahua por líderes de asociaciones campesinas blandiendo pancartas exigiendo, *Claudia, quítale las becas a los NiNis y páganos a 7200 la tonelada de maíz*, hasta la tardía sinceridad de un dirigente partidista reconociendo haber errado en la elección de 2024 por no aceptar públicamente su aversión a las pensiones, apoyos y ayudas “de la 4<sup>ta</sup>”, lo cierto es que en el sentir de esta parte de nuestra sociedad no hay ánimo de procurar un país menos desigual. Finalmente, en la “Generación Z” del 15 de noviembre de 2025 el lenguaje usado fue inequívoco: “a los pobres les regalan el dinero a lo p\*ndejo.”

“Hay un problema de una coalición que reduce al Estado a un cajero automático”, declaró en un programa de una hora de opinar un intelectual, elaborando un discurso tecnocrático a partir de eso que en redes sociales es visceralidad y pasión exacerbada. El Estado visto como cajero automático, según esta elaboración, exhibe una relación clientelar hacia la gente pobre haciendo fila en el Banco del Bienestar cada bimestre. En la metáfora del cajero, el dinero en efectivo vendría a compensar, ante las mayorías empobrecidas, la incapacidad (o nula voluntad, según la clase media) del Estado para solucionar por vía de la mano dura y

la fuerza bruta nuestros añejos problemas de violencia e inseguridad.

Ahora bien, la metáfora del cajero, definida como crítica desde una presunta neutralidad de clase media hacia el clientelismo entre Estado y clases populares es contradictoria en dos aspectos. Uno, ignora que la clase media en México históricamente también ha sostenido su propia relación clientelar o rentista con el Estado; y segundo, supone posible solucionar la inseguridad conservando el carácter autoritario de las relaciones de las personas de clase media entre sí y hacia la mayoría humilde de la población. En otras palabras, la metáfora del “cajero de la 4<sup>ta</sup>” esconde la solución incómoda denunciada por Fitzgerald al exhortar a sus lectores a recordar que hay quienes tenemos más “ventajas” desde la primera página del relato social. De modo que racionalizar el prejuicio clasista mediante las imágenes del cajero sacando billetes impide reconocer que estas marcadas diferencias sociales estorban el ejercicio de la libertad civil y de la igualdad jurídica entre ricos y pobres. Disminuir la desigualdad, pues, empareja el piso sobre el que se eleva aquello que Aristóteles llamaba “gobierno de leyes” o *Estado de Derecho*. La paz, fruto de la justicia.

Buenas ideas para enderezar entuertos surgen hojeando el clásico ensayo *Mitos y Fantasías de la Clase Media en México*, del sociólogo Gabriel Careaga. Se trata de una lectura imprescindible considerando los dos puntos anteriores: Careaga aborda la relación clientelar de la clase media con el Estado, por un lado;

## EL CAJERO AUTOMÁTICO DE LA 4T: CONTRADICCIONES DE CLASE MEDIA

y por el otro, el uso de *relaciones personales* como falsificación del bien jurídico expresado como *relaciones sociales armonizadas por razón y derecho*. Primeramente, él esgrime partiendo de la sociología marxista: “Se llaman clases a vastos grupos diferenciados por su posición en un sistema histórico de producción social (cuyos puestos frecuentemente se fijan y consagran en la ley) y por tanto *por la cantidad de riqueza pública de que disponen*: pertenecer a una clase determina cuán factible es apropiarse del trabajo ajeno.”<sup>1</sup>

Ahora bien, yendo de la sociología a la historia política y cultural de México, lo mejor del estudio de Careaga aparece en el segundo punto: si desde el materialismo dialéctico se concibe al “derecho burgués” como expresión de lucha de clases en relación al Estado, quien fuera profesor de la UNAM sugiere que en nuestro país la monstruosa desigualdad no ha sido obra sancionada por derecho, sino obra de la *vulneración y corrupción del derecho* a través de las generaciones. Esto es, la desigualdad obedece a situaciones extralegales, obra de la cultura, la ideología y hasta la despersonalización de quienes integran distintas clases. Citando a Enrique Semo y Luis Villoro, Careaga sitúa el cisma histórico en la clase media mexicana alrededor de la vida y muerte de la Constitución liberal de 1857:

“En 1850, los criollos o la clase media tenían ya una visión profundamente

contradictoria del mundo social en que vivían. Esto los obligaba a ser cínicos y antipatriotas, y por sus ansias de poder y riqueza se reunían alrededor de Santa Anna. Y estaba la clase media ilustrada, que empieza a soñar con una sociedad más rica, más libre, en función del modelo industrial de los países europeos o en relación a la organización política norteamericana. Eran Francisco Zarco, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, José María Luis Mora, quienes se oponían a la corrupción, al poder dictatorial, a la anarquía y a la explotación en el país...”<sup>2</sup>

Posteriormente, Careaga menciona *El Discurso sobre la empleomanía* de Mora para documentar el clientelismo por parte de profesionistas, comerciantes y burócratas en busca de rentas, prebendas, privilegios o tratos de excepción: “Eterno y constante adulador de aquel de quien espera su colocación; jamás tiene opinión propia, pues acostumbrado a mentirse a sí mismo y a los demás, y a tener en perpetua contradicción sus ideas con sus palabras, calcula y cambia de opiniones y de conducta con la misma facilidad que el camaleón cambia de colores...” Líneas adelante, Mora usa el término *aspiración* para contar vicios de los miembros del sector medio en sus relaciones mutuas: “Enemigo por necesidad de todos los que le hacen sombra, está siempre poseído del odio y de la aversión, no omitiendo diligencias para desacreditar a sus contrincantes, al-

.....  
<sup>1</sup> Gabriel Careaga, *Mitos y Fantasías de la Clase Media en México*, Joaquín Mortiz, México, 1975. p. 18.

.....  
<sup>2</sup> *Ibid*, p. 53.

terando por mil caminos *la buena armonía* que debe reinar entre los ciudadanos y perturbando el reposo y el orden de las familias.”<sup>3</sup>

Esta crítica al rentismo, al oportunismo y al influyentismo como corruptores de la ciudadanía acaban situando a Mora en el mismo pensamiento liberal que el cura Morelos: ambos siguen la línea aristotélica según la cual las relaciones personales son vulnerables al dinero, a la molicie y al temor, por lo que resulta más justo el gobierno de leyes propuesto en la *Ética Nicomaquea*: “el bien de la justicia solo existe entre personas cuyas relaciones entre sí se gobiernan por orden de derecho.”<sup>4</sup> Nuevamente, es el exhorto de Morelos en Chilpancingo pidiendo *que haya tribunales que escuchen, amparen y defiendan al débil contra los abusos del fuerte y del arbitrario*.

Ya para concluir, la igualdad como *el moderar la opulencia y la indigencia* forma el carácter de un pueblo de personas libres, según asentó también quien fuera inspiración de Morelos: Jean-Jacques Rousseau. “Si queréis dar consistencia al Estado, acercad los extremos lo más posible; no toleréis ni individuos opulen-

tos ni pordioseros”, escribía el ginebrino; “que nadie sea tan opulento como para comprar a otros, ni nadie tan pobre como para verse forzado a venderse.”<sup>5</sup> Así pues, la esclavitud, para Rousseau, para Mora y para Morelos, parte de la voluntad personal de *enajenar o vender* la libertad a cambio de la subsistencia: es un acto moral aberrante de funestas consecuencias políticas, pues es la renuncia al ejercicio del derecho y engendra clases sociales como grupos de interés particular, a expensas de la voluntad general o bien común.

Sí, la metáfora del “cajero de la 41” nos dice más sobre la contradictoria relación entre el México de clase media y el Estado, que entre el Estado y la gente humilde. Aquel favor que tradicionalmente se logra adulando a la persona correcta o a *Don Fulano*, tras 2018 coexiste con derechos universales fijados por norma y Constitución: el aparato impersonal que no discrimina ricos o pobres. Paradójicamente, y a pesar de la visceralidad brotando en marchas y redes sociales, no es infrecuente ver también a gente de clase media cobrando de incógnito en el cajero del Banco de Bienestar.



3 José María Luis Mora, citado en *Ibid*, p. 53.

4 Alexander Passerin d'Entrèves, *The Notion of the State: an Introduction to Political Theory*, Oxford University Press, 1967, p. 162

5 Jean-Jacques Rousseau, *Del Contrato Social: Principios del Derecho Político*, Losada, Buenos Aires, 2003, p. 84.

EL CABALLO EX-MUERTO.  
Ó EL GRAN CHASCO AMISTOSO.



## LO PÚBLICO: HASTA LA DEMOCRACIA Y MÁS ALLÁ

Por Ronaldo González

Ha corrido mucha agua bajo los puentes desde que empezó a hablarse de opinión pública (y en general de lo público) en tiempos del primer liberalismo y la Ilustración (Locke y ese peculiar moderno que fue Rousseau) y, sobre todo, en las discusiones de la filosofía política decimonónica (Stuart Mill y Tocqueville). En su *Historia y crítica de la opinión pública* (1961), Habermas ofrece un recorrido que va desde la formación de un público moderno de ciudadanos propietarios e instruidos en el siglo XIX, pasando por la “invasión plebeya” de las masas desposeídas e iletradas que pusieron en entredicho a la “publicidad burguesa” (en realidad, dice George Steiner sobre *En el castillo de Barbazul*, lo que hicieron fue poner al desnudo el “mito liberal” de una sociedad ordenada y armoniosa desde el fin de las guerras napoleónicas hasta la Primera Guerra Mundial), arribando a la sociedad de masas y la sustitución del ciudadano por el consumidor (en el otro

extremo del espectro ideológico, habrá que recordar al Schumpetter de *Capitalismo, socialismo y democracia* —1942— y su noción de mercado político).

De aquí, en aquellos años, el entonces joven filósofo alemán apostó por la apertura de canales de participación de sujetos organizados en partidos y corporaciones; esto, en el Estado social consolidado en la inmediata posguerra. Su apuesta era por una reconstitución de la esfera de lo público —insisto, en aquellos años— fraguada en la representación de intereses que atendieran a racionalidades sustantivas, es decir, a las demandas de actores colectivos no considerados en la negociación política. A estas alturas, sabemos que no ocurrió así. En cualquier caso, el corporativismo social (el gran tema de Schmitter en su ensayo *¿Continúa el siglo del corporativismo?*, de 1974), permitió abrigar expectativas de un arreglo democrático distinto del liberal, pero con un sentido, como en la propuesta clásica de Durkheim, estrictamente funcional.

Y en este punto aparece la pregunta: tanto si responde a un orden liberal como a uno corporativo, ¿puede la Opinión Pública definirse con mayúsculas y en singular? He aquí un problema que, por cierto, nos atañe en el Presente y en todos lados, y desde luego que México no es la excepción. Cuando las y los estudiosos hablan de algunos aspectos de la opinión pública en nuestro país durante el período del llamado tránsito democrático, ¿a qué se están refiriendo? Se dice, por ejemplo, que, entre los ochenta del siglo pasado y principios del actual, se consolidó un “consenso liberal”.

Me parece que esto puede ser o no cierto, dependiendo del significado que atribuyamos al vocablo. Si entendemos por opinión pública las postulaciones hechas por una minoría letrada y hegemónica, tendríamos que contestar afirmativamente, pero si le damos un mayor alcance, las cosas no estarán tan claras.

Ahora mismo, encontramos aquí una diferencia entre las generaciones jóvenes de estudiosos (digamos, la mayoría de autores que colaboraron en el número de la revista *nexos* con el rótulo de *Réquiem por la transición democrática* de julio de 2025) y las de quienes formaron parte de los debates de los ochenta hasta las primeras dos décadas de la centuria en curso, artífices, en mayor o menor medida, de ese régimen y sus instituciones. Y aunque pareciera un mero ejercicio de urbanidad teórica o historiográfica, este es, me parece, un asunto crucial en los días que corren, ya con el llamado régimen de la 4T instalado en el poder y avanzando a contrapelo de lo que quedó pendiente en el tiempo de la transición: la verdadera división de poderes, el federalismo, la auténtica independencia de los organismos autónomos y, muy particularmente, la ampliación de la participación y capacidad de expresión de los sujetos de la vida social (desde los de carácter identitario hasta los que antes se agruparon —mediatizadamente, no hay que dejar de decirlo— en las grandes centrales corporativas del Estado de la Revolución).

La transición ocurrió, sin duda, empezando por la garantía de elecciones en las que el voto, como se decía, contara y se contara, siguiendo con la consecuente posibilidad de

la alternancia y, además, con el florecimiento de una prensa libre, aunque con las cortapisas de su sujeción financiera al dinero público. Sin embargo, dar por sentado que durante ese período se ensanchó la esfera de lo público, eso es más complicado. Más bien, fue el fortalecimiento de una opinión letrada e influyente, esta sí doctrinariamente liberal, la que ciñó el espacio y frustró, en los hechos, la posibilidad de que otras voces se hicieran escuchar.

Quienes formaron el llamado “consenso liberal” fueron una clase política maleable y movедiza, por un lado, y una vanguardia intelectual y periodística que, mientras encomiaba la democracia liberal, no tocaba ni con el pétalo de una rosa el despliegue sin freno de la globalización, la apertura indiscriminada de fronteras comerciales, la mal denominada “flexibilización laboral”, el extractivismo a costa de las comunidades, el daño ambiental y, sobre todo, la exclusión realmente vivida y la violencia enseñoreada a lo largo y ancho del país. Y sí, esas oligarquías partidistas y esas minorías ilustradas, vieron impávidas también los impactos del neoliberalismo en la política y el gobierno: la tecnocracia al mando, la fría legitimidad de las certificaciones y condicionamientos de los grandes consorcios financieros, el adelgazamiento del flanco social del Estado, de la seguridad y la infraestructura de servicios.

Por lo demás —fuera de las elecciones, la competencia electoral y la alternancia, que no son poca cosa, pero no bastan—, los propios postulados liberales constituyentes de ese “consenso”, tuvieron una implantación más bien débil: las mayorías legislativas siguie-

ron estando al servicio del Ejecutivo en turno (salvo algunas ocasiones excepcionales), los magistrados de la nación y fiscales de la república eran (como lo siguen siendo) palomeados en Los Pinos (ahora en Palacio Nacional), los flamantes organismos autónomos eran, en un buen número de casos, dependientes de poderes fácticos privados, para mencionar algunos.

Se trató de una opinión ilustrada, digo, y selectiva en sus énfasis y prioridades. Por ello, entre otras cosas, un 84 por ciento de *la otra opinión*, la opinión social que no tenía vías de acceso al debate y la toma de decisiones, es decir, la opinión que no entraba en el juego de lo “público”, se declarará, de acuerdo con Latinobarómetro (y, ojo, esta medición es de noviembre de 2018), abiertamente insatisfecha con la democracia en un México con un 44 por ciento de sus habitantes en situación de pobreza.

En su libro *Cartas a una joven desencantada con la democracia* (2017), José Woldenberg advertía: “Ojalá ese malestar en la democracia no se convierta en un malestar *con la democracia*, pues entonces estaríamos en problemas mayores”. Precisamente en un artículo de esas fechas, “Woldenberg ante el desencanto” (publicado en el blog “Asidero”, edición digital de *nexos*, 11 de octubre de 2017), Luis Bugarini señalaba la pertinencia de avanzar en la hibridación de la experiencia democrática electoral con otras que tienen también su andadura histórica, doctrinaria y teórica, acaso de corte socialdemócrata. Ahí, en ese

recorrido, tendría que entrar el ensanchamiento de la esfera de lo público.

Hay que estar con la democracia, siempre imperfecta, y por eso hay que intentar perfeccionarla, pero hay que incorporarle, quizá,

otros elementos en los que el actual régimen no tiene el menor interés. Como aquel Buzz del mainstream gringo, acaso debamos ir hasta la democracia y más allá. ¶

# CONTEMPLACIONES.

“Anversos y reversos: El periodista de oposición”, “Anversos y reversos: El periodista subvencionado”, en *El Hijo del Ahuizote*, año 12, tomo 12, nº. 571, 4 de abril de 1897, a través de la Hemeroteca Digital de la UANL

ANVERSOS Y REVERSOS.  
EL PERIODISTA DE OPOSICIÓN



ANVERSOS Y REVERSOS.  
EL PERIODISTA SUBVENCIONADO



# LA APOLOGÍA DE SÓCRATES Y EL TRIBUNAL DE LA CUARTA TRANSFORMACIÓN

Por Hugo Garciamarín

Emiliano Sócrates fue llamado a comparecer ante el tribunal de la Cuarta Transformación por señalar el uso del nepotismo por parte de una servidora pública. La funcionaria aludida acusó a Sócrates de impiedad por no creer en los principios del glorioso movimiento, y, además, de ejercer violencia política de género. Así, con estas imputaciones, lo condujeron a una audiencia cuyo propósito no era esclarecer la verdad, sino doblegar al hombre que se atrevió a decirla.

## Sócrates

Dicen que he cometido el peor de los crímenes: pensar en voz alta.

Que al nombrar el nepotismo he violentado la serenidad del reino, y que mis palabras han sa-

## LA APOLOGÍA DE SÓCRATES Y EL TRIBUNAL DE LA CUARTA TRANSFORMACIÓN

custo la virtud que juran resguardar. Me llaman impío por no inclinarme ante ustedes. Y, aun así, aquí estoy: para advertirles que la verdad no desaparece por mucho que la intenten callar.

He escuchado que soy peligroso, que mis argumentos corrompen la fe de la nación. Que señalar un parentesco conveniente es una afrenta, una infamia contra la causa mayor.

Me acusan de herir lo que llaman dignidad, mientras ignoran la herida profunda de la traición; de la traición a la lucha contra el amiguismo, el influyentismo, el nepotismo, lacras de la política, elementos centrales de la corrupción.

Creen que basta con señalar al ciudadano para silenciarlo, como si el dedo que acusa pudiera tapar la boca que pregunta. Olvidan que mi oficio es interpelar a quien dice representarme, a quien presume cargar mis causas sin cargar con mis verdades. Afirman que soy un escándalo, pero permítame aclarar: lo que escuchan es el estruendo que causa la mentira cuando las palabras exponen sus calamidades.

Soy sincero cuando les digo que me acusan sólo porque voy preguntando, como siempre lo he hecho.

Si antes señalaron de mal gobierno a quien volcaba las instituciones contra el pueblo y juraron que jamás repetirían ese extravío, entonces respondan:

¿en qué los convierte cuando sus instituciones hacen lo mismo sólo que envueltas de un plebeyo brío?

También dijeron que la corrupción se barría de arriba hacia abajo, como quien limpia la casa para que nadie tropiece.

Hoy, sin embargo, la barredora es una estructura para coordinar la rapiña de unos pocos en nombre de la gente.

Si organizar la ambición bajo la máscara de la virtud beneficia a los mismos de siempre, ¿entonces qué tan profunda es la transformación de este régimen?

Y dijeron, con solemnidad y mano en el corazón, que el nepotismo era una herida profunda, una forma de corrupción que debía desterrarse sin titubeo.

Pero hoy los apellidos se repiten en cada cargo público, las mismas familias dictan el rumbo del partido.

Si antes llamaban a eso corrupción, si antes exigían expulsarlo como traición a la causa, entonces contesten sin miedo:

¿cómo se les llama a los que obtienen grandes beneficios olvidando su credo?

Me acusan de impiedad, pero lo único que hago es repetir las palabras de la propia iglesia que fundaron: no mentir.

Me acusan porque mis palabras les recuerdan de dónde venían, cuando se distinguían de los de antes.

Quizás, por tanto, los extraviados son aque-

llos que hace un tiempo gritaban:  
¡la honestidad es para los valientes!

Me acusan de blasfemia, pero yo sólo repito lo que está escrito desde tiempos antiguos: no robar.

Es curioso que citar las enseñanzas se convierta en motivo de castigo.

Tal vez no es que mis palabras ardan, sino que señalan hacia el fuego que ya está encendido.

Incendiaron la república, saquearon la ciudad, pero a mí me acusan de ya no ser de Dios su amigo.

Me acusan de violencia política porque señalo los pecados que todos debemos evitar: traicionar al pueblo.

Ya no discutimos los hechos, sino las palabras que los describen. Y no sólo buscan castigo, sino que además exigen consuelo. Pero si nombrar un hecho que ocurre ante los ojos de todos se considera agresión, entonces no les preocupan mis palabras, sino lo que evidencian.

Porque los de antes y los de ahora temen que la verdad tome vuelo.

Me piden que, para no juzgarme, debo humillarme; que incline la cabeza, que renuncie a mi propia voz, que entregue la dignidad a cambio de su absolución.

Pero eso sería traicionar la ley más alta, esa que repiten con pasión: prohibido prohibir; que viva la libertad, que viva la democracia.

Humillarme sería firmar un pacto con la mentira, sería aceptar que la lealtad se le debe al poder y no a la gente.

Y esa renuncia, aunque algunos la ofrezcan como salvación, es en realidad una condena: Quien traiciona pierde su alma en manos del demonio, ya lo dijo Dante.

Por eso, yo que soy arrogantemente libre les digo: pueden juzgarme hoy, si así lo desean, pero aún falta el juicio que importa.

Un día, cuando esta tormenta se convierta en anécdota, ustedes y yo seremos evaluados por la historia.

Y la historia no premia la obediencia, premia la verdad; no reconoce a quien acusa, sino a quien sostiene su palabra; quien ve en sus principios la verdadera gloria. Y cuando llegue ese día, porque siempre llega, sabremos quién vivió en el extravío, quien traicionó a quién, y quién de nosotros fue el impío.

### Jueza Melania Batris

Mire usted, lo que aquí parece valentía, pero que si uno lo piensa bien no lo es tanto, resulta más que todo insolencia, y la insolencia, como bien se sabe, no se queda así nomás. Porque no es que haya incurrido solamente en una cosa, sino que en varias a la vez, y todas muy serias: por un lado, violencia política de género, y por el otro, traición a la patria, que no es cualquier traición, sino una traición grandota. Delitos hay, y las sanciones, pues claras, aunque algunos se hagan los desentendidos.

## LA APOLOGÍA DE SÓCRATES Y EL TRIBUNAL DE LA CUARTA TRANSFORMACIÓN

Aquí no estamos para oír discursos que se dicen modernos pero huelen a conservadores, ni para andar jugando a las palabras como si esto fuera un concurso de oratoria. Aquí no se viene a filosofar ni a marear al pueblo. Su palabrería, muy fina y muy de arriba, muy neoliberal, no lo pone por encima del movimiento del pueblo, porque el pueblo, cuando se mueve, no pide permiso.

Habla usted del juicio de la historia como si pudiera esconderse ahí. Pero no. Porque la

historia no lo puede salvar; la historia somos nosotros aquí y ahora, haciéndola mientras hablamos. Este proceso, para que quede claro sin rodeos aunque con vueltas, no gira en torno a su voz, ni a su tono, ni a sus palabras bonitas. Gira en torno a lo que representamos, que es otra cosa más grande. Y ese orden, no se discute: se acata. El pueblo ya eligió, el tribunal actúa, y la sentencia, como todo lo que se sentencia, se acatará. ¶



## DÉCIMAS A LA CLASE POLÍTICA

Por Pablo Toussaint

Dice Lope que espinela  
para quejas es el verso  
y sea el menor tiempo adverso  
excusa de que me duela  
sin poner a santo vela,  
pues son más sanas las quejas  
y aunque el santo tiene orejas  
son sordos madera y barro  
y no hay jefe de changarro  
que no le tema a las rejas.

Que la espinela sea espina  
por décima voz yo busco  
de Tijuana al Soconusco  
para el alcalde en cantina  
o presidentita divina;  
pues su labor y destino  
es ser del punto más fino  
de la aguja, alfiletero;  
dar su sangre y cuerpo entero;  
no probar gota de vino.

## DÉCIMAS A LA CLASE POLÍTICA

Si alabanza es lo que espera  
o el aplauso, el dirigente,  
en lugar de diligente,  
dar el todo que debiera,  
mejor que cantante fuera;  
que aunque no sea por activa  
el que quisiera ser diva  
robaría con sus anhelos  
y a la audiencia en sus anzuelos  
tendría presa cautiva.

Y si no fuera la fama  
del político la meta,  
sino alargar con discreta,  
bajo el bolsillo de trama,  
mano que al dinero es cama,  
poco mal a su persona  
sería ver que se aficiona  
la Catrina, la Calaca  
en ver su cuerpo en la estaca  
sobre la tierra que abona.

Si en el frío duermen miles  
y millones mueren antes  
cuando en baños de diamantes  
y de perla aguamaniles  
se acicalan los ediles  
¿qué nación puede primero  
afirmar que su dinero  
se emplea bien en tirar cohetes  
celebrando a los ojetes  
por su esencia de agujeros?

Si se reúnen con ausencia  
en curules olvidados  
diputadas, diputados  
a fingir que con conciencia  
acotan la presidencia,  
cuando a la bandera arrojan  
sobre el brillo que despojan  
el color de su partido  
con juramento bandido  
por quien mirar deben, aojan.

¿Es mucho pedir decencia  
al electo con el voto?  
¿O supone todo roto  
hasta incluso la paciencia  
la virtud y la inocencia  
el que transita cada año  
evitando en piedra daño  
de un anterior tropezarse,  
deseando no equivocarse  
con quien ocupa el escaño?

No es honor ni honestidad  
de la política divorcio  
hasta ser esta consorcio  
que vende por cantidad  
injusta, oportunidad.  
No es política el medrar  
si su fin no es acabar  
con que el pueblo entero medra:  
que sea el político piedra,  
pero no para apedrear.

No es leal la democracia  
que tener poder confunde  
entre el pueblo que la infunde  
con muy poca suspicacia,  
y hacer lo que viene en gracia;  
ni es un sufragio certero  
el que olvida que primero  
se vota, pero después  
su deber exigir es  
un servicio verdadero.

Pues es el poema ligero  
y como arma insuficiente  
si por obra de la gente  
no se elige tal sendero  
que hace inerte el fuerte acero  
del que confiado no espera  
que el pueblo vea en la madera  
combustible para el fuego  
que depone todo el ego  
a la esperanza primera. ¶



# PRESENTE

LECTURA A LA ALTURA DE NUESTRO TIEMPO

<https://www.revistapresente.com>

